

**LA OBSESION**

**DANIEL SAMPER ORTEGA**



# LA OBSESION



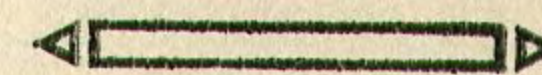
POR DANIEL SAMPER ORTEGA



DANIEL SAMPER ORTEGA

---

# LA OBSESION



Ediciones literarias de "Cromos"

Propiedad literaria registrada confor-  
me a la ley. La presente edición perte-  
nece a la «Casa Editorial de Cromos».

## PRIMERA PARTE

---

### LA SOMBRA DEL ENCOMENDERO

#### I

El rancho quedó a oscuras. Sólo cuando el viento iba hasta las brasas del hogar, encendía en los muros reflejos temblorosos. Ahora y después llegaba en jirones un ladrido, o el redoble sordo de un trueno en las oquedades del monte.

Nieves se enderezó con trabajo, tanteando el suelo en busca de la palmatoria. Se acercó sollozando a la lumbre, sacudió su traje, y con pulso atormentado rehizo la trenza. Vista junto al fuego que daba a su cuerpo tonos bermejos, como en los retablos de ánimas, parecía una vestal de leyenda.

Así que encendió luz fue a sentarse en un tronco empotrado junto a la puerta a modo de banca. Miraba sorprendida los objetos familiares, cual

si acabase de salir de un sueño. De pronto se estremeció al posar la vista en la estampa de Jesús: sintió miedo ante las pupilas de berilo y la mano que señalaba el ensangrentado corazón, y arqueando luego el brazo para ocultar en él su rostro, rompió a llorar.

Hasta allí su existencia había sido un día gris con fugaces claros de sol. Las horas de su vida tuvieron una misma semblanza; habían resbalado sin dejar huella en su espíritu; apenas si alguna emoción—el minuto de sol—daba fisonomía propia a algunos momentos de su vivir campesino y uniforme, cual si fuese un arroyo que murmura de idéntico modo, así lleve sus aguas turbias de cielo o lucidas de azull que en ellas viaja. Pero aquella noche en el pozo de su alma cayó una piedra, y las aguas, serenas hasta entonces, se inquietaron en un sentimiento de angustia, violento al principio, y menos acentuado a medida que la moza tornaba de su estupor, tal como se atenúan, alejándose a la orilla, las roelas de un remanso.

La mal cerrada puerta del rancho le permitía ver siluetas de cerros, cuyas crestas débilmente luminosas presagiaban a levante una luna de invierno. Tenues y confusos venían los ruidos de la noche. Fuera, en el corredor, el filtro de piedra goteaba en la tinaja, y a compás del gotear se sosegaba el ánimo de Nieves: que un detalle trivial basta, muchas veces, para cambiar de rumbo al pensamiento. El rumor de la gota que cae, ese lenguaje artificioso del agua, fue derrotero que la imaginación de la niña seguía sin darse cuenta. De la

inquietud pasó al reposo, de las reflexiones al vagar incoherente por el campo de las añoranzas.

Con el tinte rosmaryno que tienen los recuerdos lejanos, iban apareciendo en su memoria episodios casi olvidados, en callado enjambre. Uno que se le antojó con alas diáfanas, le recordaba su primera muñeca, compañera de sus hambres y lágrimas de huérfana; ese otro, cual mariposa de luz, era símbolo de castas emociones: la mañana de abril de su primera comunión; el de más allá, de alas negras, hizo nido en su alma desde que se le llevaron al único hermanito en una caja.

No supo de su madre sino que fue hermosa y cuitada; y el padre, adusto y mezquino en palabras, no tuvo mimos para su hija. En su niñez vivió con ellos una mujer que le pegaba por chicas razones y le había hecho amenaza de quemarle la boca cuando la oyese decir mentira.

Partidos sus cabellos en dos trenzas y envueltos en pañolón de colorines los hombros, iba Nieves a la iglesia del pueblo los domingos para aprender la Doctrina. El cura enseñaba paseándose a lo largo del templo, entre dos hileras de cabezitas sobresalidas del espaldar de los bancos, ante los cuales pendía una alborotada cortina de panto-rrillas y de alpargatas. En los capiteles del altar chispeaba el sol, y la luz, teñida en las ventanas de vidrios florentinos, iba desdoblado en el suelo anchas fajas de colores.

Nunca hubo razón bastante a detener a Nieves en su afán por asistir a la Doctrina dominical. Al amparo de la bóveda, salpicada de áureos rose-

tones, estaba ella a sus anchas. Verdad es que al recordar un San Roque ulceroso, oculto en la penumbra de altarcico lateral, se levantaban en su sueño las untuosas lenguas del miedo. Pero en cambio, la Virgen sonreía desde su nicho, un nicho lleno de resplandores. ¡Era tan hermosa aquella Virgen! Sus ojos siempre seguían a las niñas, aunque éstas cambiasen de sitio. Además, en ese ambiente impregnado de incienso, se hallaba a cubierto de golpes y podía cuchichear de sus penitas y de sus ilusiones con las amigas.

Como apagados por la distancia de los años, vinieron a su memoria antiguos cánticos:

*¡Oh María, Madre mía!  
¡Oh consuelo del mortal!  
Amparadnos y llevadnos  
A la Patria celestial!*

O aquellos otros versos, que la hacían recordar cuadros donde las indigentes ánimas, en actitud de contorsión, aparecían incrustadas en un fondo rojo:

*Pecador, no te acuestes  
Nunca en pecado,  
No sea que despiertes  
Ya condenado!*

Mas de pronto, el eco de los cantos se convertía en el sonsonete acostumbrado para recitar en coro el catecismo:

—¿Quién formó el credo?

—Los—após—toles.

Y el sonsonete, a su vez, cobrando un timbre metálico, se dilataba por los campos como tañer de campanas! ¡Las campanas! ¡Qué bien las conocía! La bronca no le gustaba, por su plañido grave en la noche, al dar el toque de ánimas; la otra, la *María-Teresa*—Nieves le supo el nombre,—tenía dulce resonancia que el viento iba esparciendo sobre los sembrados, a la hora del ángelus. Y por último, la más pequeña, la de repiques claros, parecía cantar de lo alto del campanario con risueño alboroto, y se agitaba sin descanso en los días festivos, llamando con sus tintines a misa. ¡La pequeña era la mejor de las tres! A esa conclusión habían llegado Nieves y sus amigas, tras larga plática sostenida en voz baja, mientras el cura enumeraba inútilmente las obras de misericordia.

En tanto que despertaban los recuerdos en la mente de la muchacha, el sollozar iba menguando. En el fogón también decrecía el fuego; apenas de tiempo en tiempo, crepitaba un rescoldo.

Reconocíase Nieves en el patio de tierra de su rancho. Acá y allá crecían yerbas aromáticas, en toda suerte de maltrechas vasijas. Cuando el sol picaba, la tierra se abría en grietas semejantes a las venas de las hojas, grietas que para la niña eran red de caminos, sobre los cuales hacía andar, de un lado a otro, torpes escarabajos. Si la compañera de su padre, saliendo al corredor, vaciaba el líquido de alguna olla, con la mirada Nieves seguía el curso

veleidoso del agua, hasta que no quedaba de ella sino una mancha por donde mismo había serpeado.

Obligada a procurarse juguetes por sí, la niña conseguía calabazas a las que ensartaba palillos a guisa de patas, para formar con ellas "el ható"; la más grande de todas era el toro; las otras, vacas de la hacienda; y para fingir el *terneraje*, no faltaron pepinos. Suelta su imaginación, Nieves se compadecía al apartar los críos, o se le alumbraban los ojos de lágrimas cuando, imitando las crueldades de la vida, resolvía dar por muerta una vaca y dejar desamparado a su becerro. ¡Qué mimos tuvo para los pepinillos esparcidos en el patio como huérfanos! Arrepentíase de haber decretado ella misma tal orfandad, y terminaba por recogerlos en su regazo, entre exclamaciones compasivas.

También era entretenido bajar al arroyo a echar en la corriente hojas, que para ella representaban buques, como los que había visto en láminas de la escuela. Esto, siempre que no tuviese que lavar la ropa, porque entonces se atareaba en ello, mientras sus ojos se alelaban mirando el ca'brilleo del sol en el pozo y los rodeos de los escribanos. Sus pensamientos, entre tanto, eran leves como la espuma.

De mañana iba midiendo las horas por la altura de la faja de sol que daba en la pared del rancho; de tarde, por el ascenso de la sombra en el muro frontero, hasta que el ocaso iba apagando lumbres; obligada a encerrarse por miedo a las ánimas que de noche vagan en pena sobre los pantanos, acudía a su muñeca y, arrullándola, daba

rienda suelta a los instintos maternales que toda mujer lleva en germen.

¡Cómo recordaba ahora su muñequita sucia, copa en que vertió sus primeras ternuras, nubecilla de ensueños aun vagarosa en el azul de su vida! A su oído de cartón musitaba quejumbrosas palabras, cada vez que un desengaño o un castigo le llamaron lágrimas a los ojos; a las crenchas de borra hizo las caricias que hallaba menos en su cabecita; en las mejillas pintadas posó sus labios de niña sin madre; sobre aquella muñeca desbordaron todos los sentimientos de su corazón, en forma de arrullos, que ya eran alegres cantares aprendidos en las fiestas del pueblo, ya deshilvanada musiquilla, quebrada por los sollozos. Asimismo, a ella vinculó, si vale la expresión, sus melancolías y su anhelos.

Si sentía frío, yerta la encontraba; si estaba triste, hubiera creído que la muñeca lloraba con ella; y todas las noches la sintió reposar a su lado, cuando Nieves dejaba de soñar despierta, para seguir soñando.

Un atardecer, de vuelta a casa, después de la procesión acostumbrada en el pueblo para dar fin al rosario del mes de María, el señor Higinio y la mujer que lo acompañaba se detuvieron donde el camino tuerce hacia el valle, sojuzgado ya por la penumbra. La niña prosiguió su marcha sola, y al mirar hacia atrás, los vio en lo alto de la cuesta; el fondo claro del cielo relevaba sus siluetas: movían los brazos como si disputasen. Al cabo, el señor Higinio reanudó el andar, mientras la mujer

se fue en dirección opuesta. A poco de su llegada al rancho, el viejo se volvió otra vez al pueblo.

Anocheció sin que nadie pareciese por el rancho. Nieves lloraba. Era la primera vez que estando sola veía sobrevenir las sombras. Se agazapó en un rincón: a su memoria acudieron todas las historias de muertos y aparecidos; la tenue mancha del miedo le empañaba el mirar; distante y bronca, tañó una campana el toque de ánimas; le pesaban a Nieves los párpados, mas se resistía a cerrarlos, presa de toda suerte de temores. Al fin la venció el sueño...

Desde el día siguiente tuvo que preparar las comidas y atender a la casa, porque la mujer que le pegaba ya no vino más.

Su padre se mostró por largo tiempo más adusto y callado que de costumbre; la falta de cariño apenaba a la rapaza; pero, ¿acaso había conocido mimos alguna vez?

Vino luego un recuerdo trágico: Juan, el primer muerto que Nieves había visto, tendido pecho al suelo, mustio y ensangrentado, los turbios ojos fuera de las órbitas, y la frente surcada por una línea cárdena. Cerca de allí, humeaba todavía una gran piedra, que disgregó la pólvora en forma de rosa.

¿Por qué la asaltaban tan confusamente mezclados los recuerdos de la niñez? ¿Por qué al lado de hechos que imprimieron honda huella en su espíritu, recordaba insignificancias como el hato de calabazas y el color de la tierra mojada? Continuó evocando su vida, y lo mismo que ráfagas furio-

sas en el ambiente tranquilo, la escena desarrollada allí momentos antes, reaparecía viva: el golpe seco de la vela al caer al suelo, el chirriar de la puerta que don Pedro dejó mal cerrada al salir. Nieves sollozaba otra vez, pero al fijar la vista en el rescaldo, cual si el fuego tuviese un poder sedante, la imaginación retrocedía en su vuelo. Y entonces otra vez volvía a verse...

A medida que el cuerpo de la niña cobraba gráciles curvas de nubilidad, a su alma iba prestando alas el ensueño, en sus ojos temblaban las lágrimas, y su voz desfallecía en ocasiones! Así corrieron semanas y meses, hasta que llegó diciembre con rumor de panderetas y castañuelas, cielos limpios y florecer de los surcos. Y con el mes alegre de los aguinaldos, vino la familia de don Pedro a la hacienda. De los hinchados almofrejes salieron colchones, palanganas y trapos de toda clase. Nicasia, la vieja cuidandera, viéndose en aprietos para atender a tanta gente, pidió ayuda al señor Higinio, quien hizo ir a Nieves, para que sirviese en la casa, mientras duraran las vacaciones; Epifanio ya no tuvo descanso, trayendo y llevando bestias para las cabalgatas cotidianas; la gran puerta del corral permanecía abierta y daba paso a cachacos y mozas bullangueros; y las ventanas del caserón, antes siempre cerradas, resplandecían ahora hasta la media noche.

Las hijas de don Pedro mostraron deferencia a Nieves, y solían llevarla con ellas, cuándo al mercado, cuándo a rosario con pólvora y murga en la hacienda colindante; ora al cerro, en busca de

musgo y *quiches* para el pesebre, ora al río, donde se bañaban entre retozonas alharacas, de mañana. Por Nochebuena y AñoNuevo, la mocita pasó las horas en vela, arrimada al marco de una puerta, viendo bailar a las señoritas y señores de la ciudad. Fue en AñoNuevo, justamente, cuando don Pedro le dijo la primera broma; pero ella, sorprendida con aquellas confianzas del amo, había optado por retirarse.

Días de ajeteo y alboroto fueron aquellos de diciembre, con sus noches de luna, perfumadas y serenas, que hicieron soñar a Nieves y despertaron en ella ignoradas ansias. Pero en breve se acabó el bullicio, la familia del amo regresó a la ciudad, y Nieves a su rancho; y en las estancias de la casa grande volvieron a reinar el polvo y el silencio.

El patrón, que nunca antes había ido a casa del señor Higinio, menudeaba ahora sus visitas, con fútiles pretextos, muy complacido de platicar con la joven. Nieves temía el brillo que sorprendió a veces en las pupilas del señor. Las mujerucas de la hacienda la miraban con ojos largos, hablando en secreto. El señor Higinio se tornó más huraño y dio en cavilar con frecuencia.

Muchas veces se quedaba atónito delante de su hija, como si quisiese adivinar las causas que habían apagado risas y cantares en la garganta de la muchacha.

Así pasaba el tiempo. Pero aquella tarde, cuando las últimas luces del sol se extinguían, vino el mandadero a llamar al mayordomo, de parte del amo.

Rezaba Nieves sus plegarias de costumbre, y de súbito se abrió la puerta, a un empellón de don Pedro. Nieves quiso gritar, por instinto, por miedo, mas la voz desfallecía en su pecho. Rojas se le acercó, fosforescentes los ojos, trémula la voz. Acongojada, quiso huír la joven hasta un rincón; pero el señor le iba en pos, intentando tranquilizarla, y ella acabó por echarse a llorar, azorada.

Húmedas rachas azotaban los árboles, que parecían gemir en las tinieblas. Así que el amo se fue, la puerta quedó girando en los goznes. Al recordar tal pesadilla, un gesto doloroso contrajo los labios de la mocita, torpemente maltratados.

Aquello sucedía a principios del año, cuando los surcos, en cuyas entrañas también iba a germinar la vida, comenzaban a engalanarse de renuevos.

## II

Así que hubo descabalgado, don Pedro Rojas entró en la casa señorial, con rumor de zamarras y espuelas, sobre los mal sentados ladrillos. El mozo que dormitaba en el montón de heno, retuvo del cabestro la cabalgadura y la desensilló entre bostezos. De un golpe cerró el amo la puerta, y en los corredores temblaron los cristales. Maullaba en la noche un gato, y su silueta encorvada se movía en el tejado, agorera y fantástica.

Con sus ventanas cerradas y su alma de silencio, yergue en la sombra sus muros, la que es antigua mansión colonial, de dos pisos, y edificada por un encomendero, con permiso del Rey. Igual que todas las de aquella época hazañosa, de sangre y de oro, de milagro y de cortesanía, ostenta gruesos muros de tierra apisonada y grandes arcos sobre columnas redondas. En el patio, canta el agua de una fuente que tiene esculpidos en piedra escudos de un Odior segundón. Las húmedas estancias bajas guardan entre moho enseres y herramientas de labranza, y prestan servicio de graneros. A las piezas altas conduce escalera de lajas, separada en dos tramos por el descanso, en cuyo testero pende roto y mugroso lienzo de flámula con leyen-

das, y en el cual se adivinan, a través de la pátina y del polvo que lo cubren, un rostro amarillento de santo en éxtasis y la sarmentosa mano que sostiene el crucifijo.

Una vez en su alcoba, don Pedro encendió el quinqué. Sobre el tubo de cristal cabalgaba un gancho de cabeza, olvidado allí. La luz iluminó la mitad inferior del recinto, dejando en penumbra rosada, a causa de la pantalla, los cuadros murales y una parte del labrado espaldar de la cama.

Don Pedro comenzó a desvestirse. Puso los ojos, medio apagados por el sueño, en el reloj calendario suspendido sobre el diván. Eran las once de la noche. La aguja de las fechas señalaba el nueve con su puntita de lanza.

—Nueve de marzo. ¡Cómo!—pensó el viejo.

En tal día como aquél, diez años antes, había muerto doña Margarita, hallándose de palique con su hermana doña Luisa y con el señor Penitenciario de la Catedral. Era anocheado, y el salón de la casa permanecía oscuro. Tan atentos estaban los tres a la conversación que traían, que no se curaron de encender luces. Don Pedro, en su escritorio, escuchaba el rumor de las voces de las mujeres, y el bronco runrún de la voz eclesiástica. De súbito, se abrió la puerta. Hubiérase creído que una sombra blanca atravesaba el lugar, apagando los pasos en la alfombra. Doña Luisa exhaló un grito, y el Penitenciario dijo con trémulo acento la oración absoluta. Acudió don Pedro. Doña Margarita se hallaba mal doblada sobre el brazo de la silla. Al largo alarido de pavor de doña Luisa vino la ser-

vidumbre con luces titilantes, y las sombras de la sala se refugiaron detrás de las cortinas de damasco, que con sus bullones hacen marco a las ventanas. La puerta tornó a girar sola, lentamente. Lleváronse en vilo el cuerpo flácido, entre gemidos. En el tapete quedó una densa mancha de sangre.

Sobre el tubo de cristal del quinqué veíase el gancho que acaso había sujetado en otros tiempos los blondos cabellos de aquella rosa mística, de alma y manos de lirio. Por primera vez en su vida, don Pedro se dio cuenta cabal de que para él llegaría también la muerte; de que se iba haciendo viejo, y era ya tiempo de pensar en la eternidad. Retrocediendo, pues, con el pensamiento a lo largo de su existencia, evocó en su memoria lejanos días de juventud.

Se había casado por amor, cuando era un mozo bien visto por las mujeres a través de la leyenda galante que rodeaba su nombre. ¡Aquella galantería tradicional en su casta, de rancio abolengo castizo! Gustábale recordar las horas de su luna de miel, horas suaves, que tenían la sutil fragancia de historias viejas. Doña Margarita era delicada y cenceña, como las vírgenes del Martirologio, y la vida fue sencilla, clara, lo mismo que un regato de aguas temblantes bajo el sombrío de los helechales. La calma del llano inmenso reinaba en el hogar recién formado, y una chispa del sol que madura las mieses brilló siempre en los ojos amantes de doña Margarita. El cariño estaba fresco, como los jugosos pastales. Las almas eran diáfanas, igual

que la columna de humo que todas las mañanas se alzaba al cielo en la paz de los campos.

El trabajo y el cariño fueron las normas de la vida. Don Pedro recorría de sol a sombra las pródigas tierras donde los ganados pastan mansamente, y el viento hace temblar las hojas del maizal, promesa de abundancia. Ella cuidaba las flores e iba por tiempos al corredor fronterero del caserón, esperando ver llegar a su marido, y le recibía entre sus brazos, blandos para ceñir.

Tres veces dio fruto aquel amor, nacido entre rubores y sonrisas, bendito una mañana de octubre, y oculto lejos del bullicio del mundo, bajo el cristiano techo alzado en plena Sabana, al amparo de árboles añosos. Los chiquillos, con sus risas y gritos, ahuyentaron de la amplia mansión el silencio que parecía dormir en los rincones. Y al oro de sus espigas, pudo sumar don Pedro el de aquellas cabecitas rubias.

Margarita adquiría insensiblemente ademanes reposados de mujer; y a la gracia festiva de los primeros años de matrimonio, sucedió una dulzura serena. A medida que los hijos crecían, los padres iban tomando en serio la vida. Pero siempre alentaba el amor, acendrado ahora, aunque ya sin los antiguos resplandores de pasión.

Un día, las recuas que transitaban por la carretera, cargadas de ollas y frutas, huyeron pavoridas, hasta perderse en la gándara; callaron los pájaros, asustados: era que cruzaba la Sabana el primer automóvil, envuelto en densa nube de polvo,

y espantando a su paso indios y animales, tradiciones y leyendas.

Coincidió esto con la fecha en que don Pedro quiso trasladarse a la ciudad para atender a la educación de los hijos. Y fue así como un día la suave Margarita abandonó la hacienda, para no tornar a ella sino cada vez que diciembre llegaba, con sus noches tibias y sus días luminosos.

Y cual si la felicidad fuese flor que sólo prosperase a la sombra de los muros que vieron correr también las patriarcales vidas de los abuelos, Margarita empezó desde entonces a sufrir.

Detrás del primer automóvil, otro y otros muchos quebrantaron el silencio de los caminos. El modo fácil de ir al latifundio en poco tiempo, indujo a don Pedro a permanecer en la ciudad. Menudearon sus visitas al club. Una noche gustó las delicias de la embriaguez, mientras la orquesta tocaba un vals, y la luz brillantaba los espejos, y las flores exhalaban grato perfume, desfallecientes en búcaros rojos, entre humo de cigarrillos turcos y raras y choques de bolas en el billar. Otra noche jugó: por sus manos corría el oro, halagando sus oídos con dulce retintín. Luégo vinieron auroras en los bailes de los arrabales. Ansioso, como cualquier jovenzuelo de veinte años, buscaba don Pedro el amor mercenario, la molicie y el tráfago mundanos. Se aburría en su casa, e iba solo a la hacienda, para perseguir libremente a las mozuelás. Viajó por Europa, y gozó, aturdido y loco, toda clase de placeres eróticos. De regreso a la patria, trajo una sed cada vez más insaciable, de carne ve-

dada. Desdeñó con hastío el tálamo nupcial, para buscar el calor de hembras sensuales, o la fresca belleza de doncellas rústicas, sugestivas y tentadoras como las curvas de un camino que no sabemos a dónde lleva. Del sobresalto, del amor que se recata en la sombra, de la fiebre, del vértigo, de todo supo, cual si quisiera recuperar el tiempo, que ahora juzgaba perdido, en que las horas de su mocedad habían corrido cándidas.

En tanto, doña Margarita volvió a Dios los ojos. Primero, anegados en lágrimas; después, con la resignación de las almas blancas, convencida de que la existencia es sólo larga jornada a través de un valle amargo, pero que conduce al regazo de Dios, que es paz y descanso. Y así recorrió el mundo, con la plegaria en los labios y la esperanza puesta en esa eternidad luminosa, que diez años antes había amanecido para ella.

Tornando a pensar en la hija del señor Higinio, el ayer se borraba en la memoria de don Pedro. Algo como la sombra de un remordimiento oscureció fugazmente su alma. Pero, ¡bah! ¿No era él dueño de la hacienda? ¿No le debían el señor Higinio y su hija el techo y el sustento? Además, eso habría de sucederle a Nieves tarde o temprano. ¿Y qué más daba si las flores de azahar que tuvo en su frente se deshojaban en las manos del patrón, y no a la ruda caricia de un gañán cualquiera? Hasta cierto punto él, el amo, tenía un derecho consuetudinario sobre la rapaza, derecho ejercido antes con otras muchas. Cuestión de nacimiento, de linaje, hasta de dinero, si se quiere, pero derecho al fin.

Después de desvestirse pausado y apagar el quinqué, rezó las acostumbradas oraciones de la noche, a que nunca había dado de mano, complacido se estiró entre las sábanas de lino, y se durmió tranquilamente.

## III

En el entretanto, el señor Higinio regresaba a su rancho, al portantillo de la jaca. El amo le había enviado a sorprender ajenos animales en el último potrero de la hacienda. El señor Higinio quiso en vano convencerle de que el portillo por donde entraban a merodear las bestias del vecino no existía sino en la mente de don Pedro. Este sostuvo con obstinación que al amparo de la noche otros aprovechaban los pastales de su finca, y el mayordomo hubo de partir, aunque rezongando, porque—como él mismo decía—“dende que hay más de uno mero pa mandar, ahí sós la de Ponciopilato”. Poncio Pilatos era, en la mente del señor Higinio... ¡vayan ustedes a saber las metamorfosis que el Procónsul sufriría durante los sesenta años de presidio que llevaba allí.

En “La Noruega”—que así se llama el latifundio de don Pedro Rojas,—el señor Higinio, en su calidad de mayordomo, vigilaba siembras, cosechas y ordeño y hacía los negocios.

Hacer negocios, para él, era vender como buenos animales lisiados y acomodar supuestos defectos a los ajenos, para comprarlos a menosprecio.

Envidiable paz, sin embargo, la de su conciencia. Por ninguna razón hubiera acrecentado sus ahorros con un maravedí que le pareciese mal habido; pero también pensaba que no iba en mengua de su honradez deshacerse con provecho de algún desgarrado rocinante. Además, si es verdad que en tratándose de caballos solía ocultar los defectos que tuvieran, jamás engañó al comprador que iba a la hacienda por una yegua. Motivo de este curioso proceder diferente, fue la poca inclinación que profesaba a toda clase de hembras. Tenía el señor Higinio leal y respetuoso el carácter, y arraigada la fe. Era más gordo que flaco, y de amoratada faz, con bigotes de esos que ostentan un fimbria de alimentos, que se atusaba después del yantar, con el dorso de la mano, recia como los erizados pelos de su cabeza. Refería don Pedro Rojas que cierta vez iba llevando consigo al mayordomo. Cabalgaba éste un potro, aún no muy hecho a la silla. El animal se encabritó de súbito, y el señor Higinio, que fincaba su orgullo en mantenerse firme sobre el más arisco bridón, fue a dar de cabeza contra la tierra. Así que don Pedro le vio levantarse atontado, vino a preguntarle qué le había sucedido.

—Pues nada, patrón—replicó el otro.—Porque, afortunadamente, el golpe lo recibí en la cabeza.

Arreciaba la llovizna, y sobre el sendero gredoso resbaló la jaca; acucióla el señor Higinio, con deseo de llegar pronto. En lo oscuro se entreveía la puerta rojeante del rancho.

## IV

Al sentir llegar a su padre, Nieves se irguió asustada, enjugándose los ojos. Ya el mayordomo había desensillado la bestia, y sobre el corredor sonaron los zamarras y el tintín de los estribos al dar uno contra otro. Higinio, colgado que hubo los arreos al garabato fijo en una columna, se quitó la ruana para sacudirla:

—¡Jesús, qué noche!

*Canelo*, el viejo perro que dormía sobre dos enjalmas arrinconadas cerca, salió al encuentro del amo, y arqueaba el dorso, estirándose con pereza, mientras sus fauces tuvieron, al bostezar, un ruido como de aullidos truncos.

Padre e hija entraron en el rancho. Fuera respingó la jaca, oliscando el pasto.

Azorada ante la idea de que su padre pudiese adivinarle en los ojos lo sucedido, Nieves trasegaba sin objeto con los cacharros de cocina, esquivando mirarlo. Sentía en ascuas las mejillas, y pensó que el viejo no tardaría en ver su rubor. Hubiera querido acallar las palpitaciones de su corazón, no fuese que se oyeran.

—Nieves—llamó Higinio.

La muchacha se volvió bruscamente, cual si la hubiesen sorprendido ejecutando una mala acción. Sobresaltada y pálida, repuso:

—¿Señor?

—Dáme agua de panela, pero que pringue.

—En seguida va a estar.

Se inclinó sobre las brasas, dando la espalda al mayordomo, y bendijo aquella coyuntura que le permitía ocultarse en la penumbra donde estaba el hogar.

¡Si su padre supiese lo ocurrido! ¡Le pegaría hasta matarla, aun cuando ella no tuvo culpa! El era hombre de carácter áspero, inflexible y hasta... ¿por qué no decirlo?... cruel, sí, cruel. Es claro que ella había sido víctima de la fuerza, de la cohibición en que se hallaba para emplear todos los medios de defensa, por tratarse del amo. ¿Pero cómo demostrar al señor Higinio su inocencia? Ahora iba viendo claro por qué razón don Pedro envió lejos del rancho al mayordomo en tal noche como ésa. Mientras el bueno del señor Higinio, en cumplimiento de su deber, se exponía a matarse, cabalgando a oscuras por senderos resbalosos, el patrón, el rico que podía descansar tranquilo en aquel hombre leal y bueno, se amparaba en la sombra, para... ¿qué nombre dar a aquello? Para robar lo que ella no quiso... ¡vamos!... lo que... ¡nó!... es decir... ¡qué confusión, Virgen Santa! Y ella, pobre rapaza, ¿qué mal había hecho para que así la maltratasen, igual que a una bestia? ¿No podían los hombres ser menos... duros, menos violentos? ¿Qué necesidad había de hacer sufrir a una mísera campesi-

na, que sólo se preocupaba de servir al amo en conciencia?

Al pensar en don Pedro, pensaba también, como para relacionar uno con otro, en el odioso toro negro que había en el potrero de las novillas... Verdad es que don Pedro era el dueño. Acaso tuviese algo como un derecho... Quizá no fue maldad haber procedido así con ella... Sucedió lo mismo a las demás doncellas del lugar... En medio de todo...

—¡Nieves, hija! ¿Se durmió?

—Ya va, taita, ya va.

En amplia taza de hierro esmaltado trajo el agua de panela a su padre. Quedó esperando frente a él, con los ojos bajos. Se oía fuera el rumor de la lluvia: un murmullo confuso, de risilla sofocada, cortado a trechos por el golpe claro de las gotas, ya en la tinaja, ya sobre el barril vacío que estaba caído bajo el alero.

Se produjo entonces uno de esos silencios en que cada uno, olvidado del otro, deja volar su pensamiento. El del señor Higinio iba del trigal a la vaca barcina, y del cura, con quien había tropezado por la tarde, a un roto que sufrieron sus *zamarros*, o al proyecto de ir en la próxima semana donde su compadre Eulogio. Y con aquella promiscuidad de los recuerdos en la subconciencia, ora estaba diez años atrás con personas que murieron hace mucho, ora adelante, armando con memorias de fútiles escenas vividas y con sueños de otras por vivir, andamios de pequeñas ilusiones, allá en el futuro.

En la mente de la joven se mezclaban, entre tanto, con el recuerdo de una gallina y de ladridos

de *Canelo*, el de palabras sin importancia escuchadas durante el día, o el del murmullo del agua que hierve al fuego; con el aspecto del patio lleno de sol, la evocación de un castigo o la esperanza de un traje nuevo. Y lineando en negro aquella confusa mezcla de añoranzas, anhelos, cosas e imágenes, el ademán, el rumor, el aliento del patrón en el amargo trance que acababa de pasar. Su pensamiento era, pues, como un chorro de agua que cae uniforme, pero sobre el cual sopla de lado el viento por ráfagas y le destrenza y le desvía. Tales soplos, en la memoria de Nieves, fueron los momentos en que pensaba en don Pedro. En uno de ellos se le escapó un sollozo.

—¿Qué tiene, hija? ¿Llora?

—¿Quién, yo?

—Pues claro está.

—Nó. ¿Por qué voy a llorar?

—Eso mismo es lo que quiero que me diga. Algo le pasa.

—No me pasa nada, taita. Se lo aseguro.

—Míreme a los ojos.

Era mucho pedir a la pobre, que viéndose traicionada por aquel sollozo involuntario, y próxima a un temido interrogatorio, se echó a llorar. Quedóse desconcertado el señor Higinio, observándola largo rato, sin decir palabra. Nunca antes había visto a su hija llorar de improviso. Al cabo, cual fusilazo que rasga la oscuridad, tuvo una idea embrionaria, una sospecha informe, y preguntó:

—¿Quién ha estado aquí?

Silencio por parte de Nieves.

—¿Quién ha estado aquí?

—Nadie... ¡Qué idea!

—Nadie... nadie... ¡Eso pa otro! A yo no me engaña el olfato.

—Pero quién había de ser, pues?

—Me lo va a decir ahora mismo. Yo no quiero tapujos en mi casa.

—¡Ay, padre!

—¡Háble! ¡Déje un lao el miedo!

—¡Si le digo que son ideas!

Ella paseaba por toda la estancia los ojos, evitando encontrarse con los de su padre. Mas súbitamente palideció: en el ruedo de estera, extendido al pie de la banca, había visto las huellas de don Pedro. El mayordomo, que con la suya iba siguiendo la mirada de su hija en torno del cuartucho, detuvo también los ojos sobre el esparto sucio de barro. No se percataba. Nieves miró a otro lado y a otro, pero las huellas tornaban a atraer su atención. Se diría que las almas del padre y de la hija, convertidas en miradas, se perseguían. En una de tantas dilaciones de los ojos sobre el mismo punto, el señor Higinio comprendió que tenía delante el rastro de unos pies; se puso rojo, y su índice tembloroso y severo señaló junto a la banca:

—Esas patas embarradas que están ahí—dijo—son de un hombre. ¡Maldita sea!

Irguióse colérico, y agarrando a la moza de una muñeca, zarandeábala:

—¡Hábla, por Cristo, condenada!

La infeliz dobló las rodillas:

—¡Perdón, perdón! ¡Yo no tengo culpa!

—¡Ah, conque era cierto! ¡Su nombre! ¡Decí-

me su nombre! ¡Entoavía no estoy tan viejo que no lo pueda matar!

—¡Perdón... , perdón, taita!

El señor Higinio soltó, o mejor aún, tiró lejos de sí el brazo que tenía preso en sus manotas recias, y comenzó a pasearse de extremo a extremo del rancho, mascullando entre dientes maldiciones y frases trucas. De súbito, levantando del suelo la esterilla, se puso a mirarla con detenimiento:

—El que vino era uno de botines, ¿verdad?

Nieves asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Me las ha de pagar! ¡Me las ha de pagar!

Intensamente pálido, bebiendo aire con ruido, cual si se asfixiase, y encarado con la muchacha:

—Será... él...?—preguntó, sin atreverse a pronunciar un nombre.

Nieves no dijo palabra. El viejo alzó los brazos al cielo, cerrados los puños, rechinando los dientes. Mas a poco fue doblando las rodillas junto a ella, como si la cólera que le embargaba se hubiese despedazado contra un muro infranqueable. Enredaba los torpes dedos en la cabeza de la rapaza. Lloró amargamente, como un niño, con intenso dolor, con amargura infinita.

—¡Infame!... ¡Ay, de mí!... ¡Infame!...  
¡Pobre hija mía! ¡Pobres los pobres!... ¡Pobrecita... pobrecita!...

## V

Víctima de extraña sensación de pena y rebeldía, el mayordomo ensilló de nuevo la jaca, con los primeros resplandores del alba, y se dirigió a los corrales de la casa grande, para ver el ordeño. Antojábasele negra pesadilla la escena tenida con su hija la noche anterior. Estaba cansado, cual si le pesase la vejez, no sentida hasta entonces. Mas nada de esto prestó mérito para apartarlo del cumplimiento de su deber, a que estaba habituado en muchos años de trabajo.

Aun persistía la llovizna. Del lado de oriente era más claro el gris uniforme del amanecer. A medida que se acercaba a la casa, iba percibiendo los diversos rumores de una hacienda que despierta: mugidos de las vacas, risotadas de los ordeñadores, rechinar de ruedas de algún carro, a lo lejos.

En el corral sintió el chasquido que hacen los pies de los jornaleros al caminar entre barro; después, el caer de la leche en las vasijas; las voces de uno que ataja al becerro díscolo, el resoplido de una res que olfatea al que se le acerca. Menguada y parpadeante, la luz amarilla de un farol alargaba las sombras y hacía parecer deformes los animales.

Después comenzó el despertar dentro de la casa. Primero el golpe de una puerta; en seguida, eco de pasos en los corredores; risas apagadas y runrún de una voz; ruido de goznes mohosos en la ventana que, al abrirse, tiende en el corral débil faja de luz.

Ya más claro, distinguía grupos diseminados aquí y allí. Una india, en cuclillas al pie de la vaca; el becerro que da de cabezadas a la madre; un hombre que corre a atajar esa vaca joven, que ha abierto la puerta, a fuerza de rascarse contra ella; el perro receloso, que pasa de largo, pegándose al muro; y al sonido de una vasija que rueda al suelo, las palomas que se alborotan en el tejado.

El señor Higinio clavó los ojos en la ventana que correspondía a la alcoba del patrón: estaba cerrada. Sobre la cornisa saliente del marco que sostiene los gruesos barrotes protectores, se movía un pajarillo. El frío de la mañana obligaba al mayordomo a hacer uso frecuente del pañuelo, un gran pañuelo de colorines con la punta desgarrada. Alguien tosía.

Terminado el ordeño, el señor Higinio hizo camino al barbecho. Al verle llegar, dos potros levantaron la cabeza, para huír luégo, entre corcoveos y reñinchos. Con apresurado batir de alas escapó de entre los mismos cascos de su bestia pintado pajarraco: otro gorjeaba en la rama cimera del cerezo. De las negras heridas que le hizo el arado, la quebrantada tierra exhalaba un vaho tibio. Allá iba la yunta, entre crujidos del yugo, resoplar de los animales y gritos del boyero. La llovizna seguía cayendo, y la mañana estaba agrisada y triste.

Triste como el pobre viejo, de ojos enrojeci-

dos y manos temblonas. Sopló el dolor sobre su casa mientras él, engañado por el amo, recorría los potreros, ajeno a su desgracia. Ya no era rabia lo que sentía: era fatiga. No es justo, nó, que el rico disponga así de las hijas de los pobres; pero, ¿quién va a cambiar las costumbres, que casi son ley? ¡Así hubiese sido otro el atrevido, y ya no estaría vivo!

¡Pero tratándose del amo!... Tratándose del amo, sobre el espíritu del señor Higinio pesaba esa resignación que, como un estigma, quedó en el alma indígena, esclavizada tan cruel y largamente por los conquistadores y encomenderos españoles. Servidumbre de cuatro siglos le fue trasmitida con la sangre. Comprendía que el mozo que nace en la hacienda debe respeto al patrón en todo tiempo, y que las rapazas no pueden negarse a quien dejará sin trabajo a sus padres, si quiere, arrojándolos de la estancia donde les permite sembrar.

¿Pierde, por ventura, una mocita con haber merecido que tan altos ojos se fijan en ella? Ciertamente que tendrá que atender al sustento de la criatura, porque el señor no se ocupa del niño. Pero de resto, ¿no es para ella timbre de orgullo un hijo que lo es también de quien más vale en todo el contorno? Y luego, eso mismo es un título al aprecio de los vecinos:

—Aquella—dicen—es la querida del señor. Un vestido nuevo le trajo cuando nació el chiquillo. Dicen que el día del bautizo vino a comer al rancho de la mocita. ¡Todo un señorón comiendo en casa de los pobres!

Mas lo cierto es que ahora, tratándose de su Nieves, Higinio miraba las cosas de distinta manera.

Después de cerciorarse de que los trabajos andaban a derechas, el señor Higinio tornó a pasar por frente a la casa de la hacienda. Don Pedro, de palique con el mozo mandadero, en el patio exterior, tranquilo, risueño y bien dormido, denotaba en el rostro la satisfacción que dan la buena vida y el no haber hecho mal a nadie.

Al verlo, el mayordomo sintió afluir al rostro toda la sangre de su cuerpo; atropellándose en su espíritu le avasallaron simultáneamente el odio, el miedo, la cólera, la humildad, y quiso pasar de largo, como si no hubiese notado la presencia del amo.

—¡Higinio!

El aludido sofrenó la bestia, que hubo de parar en seco, doblados los cuartos traseros y tiesos los de adelante:

—Buenos días, patrón—repuso mirándolo fijamente.

Don Pedro le sostuvo la mirada, cual si no sospechase que ya el viejo estaba enterado de lo ocurrido a su hija. Al fin, el mayordomo bajó los ojos.

—¿Fuiste al barbecho?

—Sí, señor.

—¿Han adelantado bastante?

—Sí, señor.

—¿Cuándo se podrá sembrar?

—Para la semana que viene.

—Está bien—dijo el amo;—y reanudó la con-

versación con el mozo mandadero. El mayordomo no se atrevió a marcharse. Aguardaba pensativo, y su cabalgadura al resollar con fuerza movía al jinete.

—¡Patrón, patrón!—dijo en esto un chico que venía corriendo.—Asómese pa acá sumercé, pa que vea el águila que se le escachó el otro día.

—¿Dónde está?

—Aquí nomasito, en el potrero de junto.

—Higinio: andá bajáme la escopeta. Tené cuidado, que está cargada.

El mayordomo descabalgó, y poniendo los zamarros esparrancados sobre la silla, después de amarrar la bestia, entró en la casa.

Cuando volvió, don Pedro estaba de espaldas a la puerta. Por la mente de Higinio cruzó una idea oscura: hizo ademán de disparar. ¡Si él se atreviera! Era asunto de mover un dedo, y el violador de su hija pagaría su falta. Después diría que aquello fue involuntario.

—¡Imbécil!—gritó el señor. Quitá de ahí la escopeta: ¿no ves que si se te sale el tiro me lo ajustás a mí? Echá pa acá.

Y tomando el arma, don Pedro se encaminó detrás del chico que le trajo razón del águila. A los pocos pasos se detuvo:

—Ala, Higinio: me le decís a la Nieves que se pase por aquí.

El viejo se puso pálido. Abrió la boca para gritar, mejor aún, para restallar en el rostro del amo estas palabras: ¡Desvergonzado, infame, ruin, canalla!... Pero, ¡tenía encima cuatro siglos de esclavitud, y sólo pudo responder:

—Está bien, patrón.

## VI

Filo de la mañana, despejada como todas las de diciembre, Nieves tendió sobre los tréboles la ropa que había traído del arroyo, húmeda y blanca. Soplaban un airecillo rumoroso en la arboleda, jugueteón al rizar el agua y sofocado cuando, preso bajo las piezas tendidas al sol, las henchía blandamente en olas cándidas.

Puestos en jarra los brazos, suelto el endrino cabello mojado, donde la luz parece cuajarse en chispas azuladas, la joven se queda mirando en vago y con una sonrisa triste pasmada en sus labios. Ladra un perro en la loma, escarbando la tierra, y más allá se alza de un rancho pausada trenza de humo, como en las alegorías de paz y pureza de los libros entonatorios. Oyese el gorgor del arroyo cercano y la más alta rama de un sauce se dobla o levanta a los esguinces de un gorrión que en ella se alegra.

Del lado del rancho rompe a cacarear una gallina. Al escucharla, Nieves abandona aquel mirar sin ver, y vuelve a transcurrir el tiempo, que había detenido para ella el andar. Recoge ligeramente su talda, y endereza hacia la loma.

Antes habría subido corriendo, y al llegar a lo alto apenas si las ventanillas de la nariz se le hu-

bieran dilatado en movimiento más rápido; pero ahora tiene que subir despacio, entreabierto la boca en busca de aire, y haciendo altos de rato en rato. Vuelve entonces a apoyar en las caderas sus brazos, y se entretiene en mirar hacia abajo, mientras la falda, que la brisa ciñe a su cuerpo, acentúa las piernas y hace resaltar más aún la causa de su fatiga.

Por fin llega hasta los matorrales de *chite* que por grupos cubren y disimulan la aridez del suelo, ayuno de tierra negra, y recoge un brazado de ranas enjutas, que al ser quebradas en la cepa chasquean.

En la hondonada corren dos gañanes, persiguiendo un buey que al sentirse por un momento libre del yugo, procura esquivar el trabajo. A su lado, dos gozques ladran furiosamente, emparejados al animal en su carrera.

Nieves pensó con tristeza en las injusticias de la existencia, que así la obligaba a ella a pagar, sin quererlo, su tributo a la humanidad, como forzaba a desgarrar la tierra a aquel manso animal, que acaso eludió la faena bajo la influencia de oculto dolor. Si por ella fuese, lo dejaría vagar. ¿Cómo era posible, a no ser por desconocida causa, que huiese así criatura tan mansa, resignada, melancólica y dulce para sobrellevar los golpes del boyero?

¡Desoladora semejanza la que palpaba entre ella y el rebelde bueyecillo! ¿No había vivido ella también soportando sin protesta su mísera existencia, y ceñida a la cotidiana labor, sin esperar otra recompensa que la tranquilidad de espíritu? Y sin

embargo, un día, nueve meses antes, quien era amo de ella y del buey desgarró brutalmente aquella calma, cual el perro que se arroja en la zanja y rompe la alfombra de algas que una larga quietud hace nacer sobre el agua.

Vínole, recordando aquello, como un vago deseo de esquivarse a sí misma, de huír de las horas que había vivido desde aquella noche en que se rindiera al capricho del amo, hasta el momento, ya próximo, en que sus entrañas se viesan libres del intruso que alentaba en ellas. Tuvo la ilusión de que Dios, compadecido de sus sufrimientos y practicando su poder infinito, trocase la realidad en pesadilla. ¡Despertar de ella en el punto donde dio comienzo su padecer! ¿No sería esto posible?

Pero, ¿a qué obedecían sus temores, su repulsión a ser madre? Quizá la muchacha no se daba cuenta de las causas. En el fondo, acaso, los motivos eran lo que había sufrido en los meses de espera, y una informe rebeldía contra el amo que a fuerza le imponía el pago de tal tributo a la naturaleza, antes que la misma naturaleza, despertando en su sangre dormidos instintos, la hubiese echado sobre los ojos un velo de pasión, para cuando se tendiera su mirada sobre ese porvenir doloroso del amor.

¡Cuán largo se le hizo el tiempo de aquel día para acá, y cuán fugaces los días vividos hasta entonces! Sumados todos los años de su niñez inocente, no valían lo que un instante de los inacabables meses que pasó su espíritu en vela.

¿Qué la mantuvo en constante meditación?

¿Fueron tal vez los padecimientos corporales, desde que una vida nueva, al germinar dentro de su vida, ensanchó sus entrañas, y la llenó de ideas fúnebres, de veleidades y caprichos, de náuseas, de sollozos?

Lamentó como nunca la muerte de su madre, en quien sin conocerla adivinaba la amiga para compartir su tristeza y abandono, la desesperación que iba cubriendo su alma. El señor Higinio no pudo comprender los padecimientos de su hija, no supo medir el dolor inenarrable de aquellas miradas vagas, mientras en el caos del cerebro, aún adolescente, se agitaban embrionarios anhelos y sentires, protestas informes contra la injusticia de su sino, y nostalgias de un mundo más humano.

Ya en el rancho, Nieves hizo una escoba con las ramas que trajera, y al barrer las hojas secas caídas en el patinillo de tierra dura, vio venir a su padre, sendero abajo, seguido de *Canelo*, que le hacía fiestas a guisa de bienvenida. El señor Higinio llegó sudoroso, desprendiendo con torpes dedos los *amores* prendidos a su ruana al paso por la orilla del arroyo. El día estaba ardiente, y en el campo reinaba ese silencio de las mañanas claras, preñado de rumores lejanos y de la voz de la tierra que abre al sol sus poros. *Canelo* se tendió a la sombra, acezando; y la escoba que las manos de Nieves manejan, iba marcando a lo largo del patio anchas fajas limpias.

El padre, cual solía, hizo a la hija un recuento del trabajo cumplido en la mañana, de los sucesos ocurridos en la hacienda, de sus proyectos para la tarde. Refirió que la mula rucia había muerto la

noche anterior, reventada por haber comido *carretón* verde; que la "Mojicona" había parido dos becerros; que ñor Cipriano estaba a punto de perder "la siembra de maíz, caso que no se descolgara aprisita un aguacero"; y agregó que "en los tiempos que corren, todo está muy malo", y que el señor cura andaba diciendo que "se aprevinieran pa trancarles en las elecciones a esos rojos condenaos, que hora mesmo estaban con el decir de sábelo Dios qué herjías". Dijo también que ya tenía "apalabreada a misiá Crisanta pa lo de Nieves, que en estico había de totiar; que a la tarde s'iba pa onde su compadre Manuel a darle una manita en lo del potro alazán, que ya estaba jecho pa la operación; y que le sirviera volandito la papa, porque tráya el estómago huero".

Más durara la plática si Nieves, palideciendo de súbito, no hubiera lanzado un grito:

—¿Qué tiene?

—¡Ay, taita! Un dolor... pero ya va pasando.

—Habrás güelto a comer guayabas en ayunas.

—¡Qué guayabas!

Los dos entraron en el rancho, donde la olla hervía fragante sobre el fogón. *Canelo*, al sentirlos, se levantó desperezándose para ir a echarse al pie del señor Higinio, quien sentado en tosco taburete de cuero sin curtir, y apoyando la espalda contra la pared, silbaba. Nieves quiso poner la mesa, pero otra vez se puso blanca y exhaló una queja. El mayordomo la miró de arriba a abajo, y como si hablase consigo mismo, dijo:

—Esto es mano de llamar a la agüela. En nandita voy y güelvo.

Los dolores de Nieves continuaban cada vez más frecuentes. *Canelo* agitaba dormido las manos, igual que si soñase estar de carrera. La olla seguía chucheando en el fuego, y el sol dibujaba en el patio las sombras trémulas de los árboles. Lejos, muy lejos, alguien gritó:

—¡Ataa... jenloo... atáaa...

## VII

La señora Crisanta, andando lentamente, fue hasta el extremo de la huerta e inclinándose sobre el brocal, atisbó por entre dos tablas el pozo, que semejaba un nido de silencio, hondo y sombrío; apartó las maderas que lo cubrían, y el agua despertó llena de azul y rebosante de estrellas; al echar en ella la vasija, sujeta de una cuerda, la luna que había en el fondo se rompió en hilos dorados, y el agua se crispó, luminosa y burbujeante.

Lleno el cubo de agua brillantada, temblorosa y fresca, la buena mujer volvióse al rancho, caminando sobre la faja de sombra que los árboles del lindero tendían en los surcos blancos de luna. La noche, de un azul profundo, era más clara a espacios, cuando resplandecía en el lejano horizonte el brillo fugaz de los relámpagos.

Penosa estuvo la faena aquella vez, pero a Dios gracias, todo salió con bien. ¿Todo? Al formularse esta pregunta, la comadre se santiguó con miedo y un estremecimiento recorrió su epidermis. Muchos años llevaba en el oficio: seguramente cualquiera que hubiese nacido en el pueblo, de treinta años atrás, había recibido de sus manos la gota de limón en los ojos; y nunca, hasta entonces, había

visto más patente el castigo del pecado mortal. Porque pecados, y graves, eran los de amor; a su debido tiempo llega el sufrir en que la señora Crisanta tomaba parte muy principal. Unas veces, el angelito advenía muerto, o fallecía a las pocas horas; esto, cuando la víspera del día temido la madre se encontraba de improviso frente a algún *chulo*, ave de mala sombra; otras, si está de Dios que mientras tarda en nacer la criatura, cante una torcaz, la madre puede ir *pidiendo los óleos*; también es de mal agüero que venga a la casa una lechuza, si no se trata de primeriza, que siéndolo, la lechuza no pasa de ser un indicio. Mas ninguna de estas señas concurrió en el caso de Nieves y, no obstante, la señora Crisanta no tuvo que lidiar en toda su perra vida, al decir de ella misma, un caso más *dificultado*.

De rato atrás, Nieves había terminado por adormecerse en el deleitoso sueño que es consecuencia del agotamiento físico; un sueño remedo de la muerte, en que ni se duerme del todo ni se deja de vivir; los rumores del mundo llegan apagados, mientras la nebulosa de la quimera envuelve el espíritu en cendales de suavidad, de ficción y de reposo. Así, el relincho de un caballo en la *manga* cercana se trocaba dentro de la mente de la mocita en leve columna de humo, la cual iba tomando la forma que en su imaginación tenían los espíritus; transformábase el humo en rumor, si la señora Crisanta, empapando un trapo, lo retorció luégo sobre el cubo; y el ruido a su vez vino a ser luz: la línea luminosa que enmarca la puerta mal cerrada, y que hiere los ojos de Nieves, entreabiertos y nublados de

somnolencia. Por momentos soñó estar muriéndose: afluía toda su sangre al cerebro, le pesaban horriblemente los párpados, y segura de no poder gritar pidiendo socorro, quisiera reunir todas sus fuerzas para mover un dedo, con la vana esperanza de que su padre o la señora Crisanta entendiesen, al verla, que debían despertarla de aquella horrenda pesadilla. Mas como ninguno de ellos se percatase, la muerte, avanzando, llenábale la cabeza de truenos y la arrojaba en un profundo abismo; la sensación de la caída era perfecta; pero ya en el momento mismo de estrellarse en el fondo despertaba, y convencida de la mentira, iba de nuevo sucumbiendo a la modorra.

Mientras la señora Crisanta, sin hacer ruido para no despertar a Nieves, fregaba con lienzos húmedos la estera de la salita, donde se había derramado una poción, el señor Higinio, sentado en una banqueta, el rostro entre las manos y acodado en las rodillas, mantuvo los ojos en el suelo: ni la respiración entrecortada de su hija, suspirosa y casi sollozante, ni los golpes que la manija del cubo dio contra éste cuando la comadre lo empujaba sobre el piso para cambiarlo de sitio, ni los vagidos con que el niño se hacía notar, le sacaron de su mutismo. Se diría que el viejo era víctima de una de esas ideas permanentes, que suelen revolar en el cerebro a la manera de una mariposa loca que busca salida.

La señora Crisanta terminó de poner en orden la habitación, y sentándose frente al mayordomo, dijo:

—Alabao sea Dios.

Hubo un largo silencio antes que el otro, exhalando un suspiro, respondiese:

—¡Jh! . . . Alabao. ¡Todo sea por su Santo Nombre!

Otra pausa, en que el señor Higinio se entretuvo en sacar sonsonete con las uñas en la madera.

—Malos están los tiempos, señor Higinio.

—Malos, comadre.

—¡Las cosas que se ven ahora . . . y una tan pobre!

—Vusté qué . . . ¡ganas de quejarse serán!

—No lo creiga.

—¿No le abunda el oficio, pues?

—¿Vusté se cree?

—No se queje, comadre, no sea decidora.

—No es por decir, nó. Pero ya no me caen güenas clientas. A como se han puesto las cosas con esto de la medecina . . . Antes sí la íbamos pasando. Pero dende que se descolgó por aquí el doptor, ahí sós mi siá Crisanta por los suelos. ¡Y pa lo que sabe! Si todo son engañifas y porquerías enfrascadas, y ponerles a los males unos nombres. . . ¡Míre que venirme a mí con que el dolor de costao no es tal dolor de costao sino numonía! ¿Y sabe cómo le nombra al tabardillo? ¡Tifo! Tifo será él, que el tabardillo es tabardillo, y por señas que se cura con alcaparro molido. ¡Si creará semejante barbilampión que sabe más que yo, yo que he tratao más de estas garroteras que dolores padeció María Santísima! ¡Hum! Pero asina se le murió Nicanora de numonía y todo, que si a yo me llaman le doy su medio limón suasao, y santas pascuas! ¡Y al torzón

no puede usted percatar cómo lo apellida? ¡Apendicita! Apendicita será, pero con sobijos se cura, que lo que importa es descuajar lo que se atasca, que para algo tengo yo mis amigos en tierra caliente, que hay gradadas. ¡Cómo están los tiempos, mi Jesús mío! Gracias a mi padre y señor San José que las hembras no se le quieren hacer clientes, porque, ¡vaya usted señor Higinio, a parir un angelito cualesquiera si le quitan los lazos pa hacer el esjuerzo!

La señora Crisanta era pacífica hasta el extremo. Pero que no le trajeran a cuento el tema de la *medecina*, porque eso sí la sacaba de sus casillas; entonces parecía que las palabras silbasen en su boca llena de raigones, y el párpado del ojo derecho se largaba a bailar una zarabanda, *mesmamente* que si le entrara el mal de San Vito. Poníase Crisanta muy nerviosa con ello, y allí del trasiego con los mechones blancos y salientes por bajo del pañuelo negro que le ceñía la frente; estarse quieta entonces era imposible, ni más ni menos *que un cristiano con tiñonada*. Por ver si el fresco le hacía bien, dejó al mayordomo entregado a sus cavilaciones, para ir al patio en busca del relente.

Otra vez solo, en el espíritu del señor Higinio volvieron a levantarse como enjambre zumbador las preocupaciones. Sin que acertara a explicarse la causa, es lo cierto que el viejo no podía pensar en el amo sin rencor, y aun casi con vagos anhelos de venganza. ¿Pero venganza de qué? Aquí era donde se le enredaba el discernimiento, pues con la vida heredó de sus padres el respeto al patrón, y por más que le cegara el cariño a su hija, y le doliera que la

hubiesen sacrificado sin contar con ella misma, tuvo que reconocer que ya era mucho cuento el que su propia sangre estuviese mezclada a la del señor en el recién nacido. Sin embargo, a tiempo que Nieves recibía de don Pedro agasajos y golpes, según soplara el viento, la hija de su compadre Manuel, que un año atrás había abandonado la casa paterna para irse con Fermín, quien le había dado palabra de matrimonio si del ensayo resultaba el amañarse, hubo de sobrellevar también trepas y finezas. A pesar de esto, mientras su compadre Manuel, y Fermín, y todos, espiaban con gozo el progreso de tales amores, el señor Higinio y su Nieves miraron con angustia aproximarse la hora en que habría de nacer el hijo de don Pedro, que Nieves llevaba en las entrañas. Las dos rapazas empero hallábanse "ajuntadas sin bendición, de manera que nada tenía que ver en eso el mayordomo "con las teologías". Pero... ¡y este *pero*, que el señor Higinio no logró poner en claro, era la causa de aquellos sentimientos imposibles de clasificar, y que en resumen significaban una simple sublevación de su espíritu contra esa ley que concede al rico todo derecho sobre el cuerpo y el alma del pobre!

En la lucha que sostuvo con su ignorancia por hallar explicación a sus pesares, el mayordomo recordaba todo lo que su hija padeció durante los meses de espera. El no fue jamás cariñoso con Nieves, pero tenía su amor paternal escondido en el alma, como fuentecilla que corre entre follaje; quien pase de largo no la ve; pero quienquiera que la busque encontrará sus aguas puras, asombradas, llenas

de una frescura que no se halla en las que serpean al sol.

¿Y no había sido su repulsión una corazonada? . . . ¡Porque el chiquillo! . . . Pensando en él, pasábase las manos por los ojos, cual si quisiese ahuyentar una mala visión. ¿A qué pudo obedecer aquello?

La señora Crisanta, calmada ya de la danza del párpado, volvió a la casa. Poco a poco, los dos fueron atando otra vez el hilo de la conversación. De si llovería o nó, pasaron a chismes del poblado; de allí, sin sentirlo, a recordar tiempos lejanos, y de esas horas remotas, vinieron a parar en narraciones de espantos y almas en pena, a lo cual invitaba la noche. En la pieza siguiente se oían con claridad la respiración de Nieves y los vagidos de la criatura. Cerca masticaba la jaca del mayordomo, y en el corredor, el filtro de piedra escurría gota a gota en la tinaja.

De pronto resonó en la noche, agudo y siniestro, un ¡aaah! desgarrador, prolongado, intenso. Los dos viejos saltaron de la banca y acudieron con presura a la pieza de Nieves:

¡Fuera de la cama, retorciéndose convulsa al pie del lecho del abuelo, donde estaba el niño, la joven madre, lívida, y trágica, yacía sollozante, crispadas las manos de terror, y los ojos blancos de locura!

## VIII

José Tobo había nacido bajo los árboles que sombrean la carretera entre Paipa y Sogamoso. Su madre, forzada a ganarse la vida llevando al mercado los frutos de la estancia, no pudo permanecer en el rancho, y echándose a costas la carga de costumbre, fue a sumarse a la multitud que negrea a lo largo de las veredas, en los días de fiesta. No imaginó ella que el cielo le deparase tan presto el hijo que esperaba, y en cuanto su naturaleza la previno del advenimiento, se apartó de los grupos. Horas después reanudó camino, llevando en brazos a su pequeño y apoyándose, cuando le faltaban fuerzas, en la compasiva mujer que con ella se había rezagado para ayudarla en el trance.

Acostumbrada a una existencia animal más que humana, como es la que llevan en Boyacá todos los de su casta, no le hizo mella ninguna el accidente, ni a nadie sorprendió verla llegar a Sogamoso trayendo a la espalda el crío, que revolvía a uno y otro lado los ojillos tiernos, velados aún por esa niebla azulina que Dios pone misericordiosamente en la mirada del recién nacido, para hacerle más suave su despertar en el mundo.

El chico fue creciendo en el desaseo y el hambre, que son las nodrizas de los desheredados. En

cuanto supo andar, sus pies sangraron en los guijarros de la carretera, y sobre sus endebles espaldas soportó el haz de horquetas que una cincha, ceñida a la frente, le ayudaba a sostener. De resto, era su oficio apacentar un rebaño, mientras su conciencia iba despertando lenta, al modo de una florecilla silvestre, que abre sus pétalos sin que nadie se cuide de ella. El sol fue su primer amigo, y el viento, que a veces se interna gimiendo en el bosque, puso en su ánimo las primeras sensaciones del miedo. Cuando el corderillo negro de la manada se despeñó, le dieron los primeros azotes; contaba entonces cuatro años.

Nunca tuvo otro compañero que *Clavel*, gozque habituado a enseñar los dientes a todo transeúnte. José gustaba de llevarlo consigo al pueblo, y de regreso solía darle la cesta del pan para que el perro la trajera en la boca, y poder prestar él mejor atención a la botija de la chicha.

*Clavel* tenía un ojo negro y otro claro, que de noche, en sueños, iba creciendo hasta convertirse en profunda sima, en cuyo fondo muchas veces le hizo muecas la muerte. José despertaba gritando, y su madre le reñía. Al buscar arrimo contra ella, lo rechazaba con golpes. Para conciliar el sueño poníase a mirar la estrella que a través de la ventana rutilaba; en sus oídos se iban apagando los rumores de la noche, y volvía a despertar con la luz rosada del alba.

Niño y perro fueron grandes amigos hasta la tarde en que un automóvil partió en dos a *Clavel*.

Y a la pena de perder así al único sér que lo había querido de veras, el muchacho hubo de agregar la de una nueva paliza, tan fuerte, que por varios días le impidió levantarse de la estera donde dormía.

Pero bien dice el vulgo que no hay mal que por bien no venga. Sin la consabida zorra, José no hubiera hecho migas con el antipático gato de ojos amarillos, ni con el gallo bermejo que su madre estaba engordando para el cura. La vecindad del fogón tentó al micho, que si al principio era esquivo, vino por último a pasar y repasar entre las piernas del rapaz, frotándose contra ellas el espinazo. De ahí a buscar calor contra su antiguo enemigo, no hubo más que unas horas. José, al segundo día de invalidez, pudo comprobar una completa tranquilidad de espíritu en el gato, que extremó sus pruebas de confianza hasta ronronear cuando el otro le acariciaba. El gallo, más prudente, hizo varias tentativas de visita al enfermo, pero sin resolverse nunca a llegar al alcance de su mano. Acercábase, receloso, estirando la cabeza en tres tiempos, cual si estuviese marcando un compás; sin embargo, al menor movimiento de José, echábase a cuestras su dignidad de gallo para salir de un revuelo, alborotando el corral. José esparció en torno a la estera granos de maíz, y la voracidad y el miedo trabaron desde entonces reñida lucha en el ánimo de aquel sibarita; con esto, y quietud, el chico logró echarle la zarpa encima, y se entretuvo largo rato observando el pavor del mísero, que hacía débiles tentativas de evasión, entreabierto el pico y congestionada la cresta.

Cuando Tobo cumplió diez años, su madre lo enviaba tres días por semana a trabajar para el amo, que en esa forma cobra el alajor del rancho levantado en sus tierras. El peso del azadón hacía sudar al muchacho, y los cinco centavos de jornal, apenas eran suficientes para la chicha, su único sustento en tales días. Si al cavar tropezaba con algún lagarto, lo partía en dos por ver si en realidad ambas partes quedan vivas y se buscan para unirse. Y si al pasar junto a las zanjas lograba atrapar un sapo, dábale a golpearlo contra el suelo hasta verlo reventar. Mas no lo hacía por crueldad, sino llevado, acaso, del instinto que con la sangre indígena heredara de sus ignorados abuelos.

Ya más entrado en años, el alcalde del pueblo le impuso trabajo todos los sábados en el arreglo de los caminos, ocupación que Tobo detestaba, pues a más de lo mucho que le hacían dar de sí, nunca le pagaron un céntimo. Pero, con todo, mal que bien, iba viviendo al lado de su madre; hasta que el alcalde le envió a la ciudad para reemplazar en el servicio militar al hijo del sastre.

Por ese entonces era ya mozo, y con amores. La chica a quien requería, no le quiso mal. Pero dio la desventura de que el alcalde tuvo empeño en hacerla suya, y como la opulenta juventud de José fue un obstáculo para sus pretensiones de viejo verde, resolvió deshacerse de él enviándolo al cuartel, sin desdeñar la coyuntura para cobrar de paso al sastre el rescate de su hijo.

Al doblar la postrera vuelta del camino, José Tobo miró por última vez el techo rojo, donde la

novia estaría, quizá cantando, mientras daba fin a la tarea; después quiso buscar el humo de la materna choza, que a esa hora solía elevarse al cielo por entre los árboles que la rodean; pero el llanto nubló su vista, y en la garganta se le hizo un nudo, que a él se le antojaba formado, más que por el dolor, por un odio súbitamente nacido hacia los mandones del pueblo.

Pocos días llevaba en la ciudad, soportando bofetadas e insultos del sargento, cuando un paisano que había venido a vender alpargatas, lo impuso de la muerte de su madre, así como de la fuga del alcalde, que se largó del pueblo llevándose algunos dineros y la novia de Tobo. Aquello fue una tarde, después de los ejercicios acostumbrados en la Plaza de Armas. Y como a las grandes penas van siempre asociados en la memoria detalles comunes que de pronto adquieren un relieve imborrable, para José cobraron vida intensa y dolorosa la faja de sombra que el tejado proyectaba sobre el patio, semejante al erizado filo de una sierra, y el clangor de una corneta, que parecía expresar, con aguda queja, toda la rebeldía, la angustia y la miseria del alma del soldado.

Las nuevas de su desgracia le conmovieron tan hondamente, que no supo prestar atención en las clases nocturnas; el sargento, irritado, dióle una bofetada; el mozo sintió que su dolor se transformaba en ira e hizo el amago de responder con otra; tanta falta de disciplina no podía perdonarse, y el teniente le envió tres días al calabozo, a pan y agua.

¡Pobre José! En el fondo del alma consideró injusto el castigo. Ignoraba que los humildes no tienen derecho a llorar cuando la fatalidad clava en ellos sus hierros. Pero la soledad del calabozo fue un lenitivo para su espíritu, y allí lloró amargamente a la madre muerta y a la novia perdida.

Hizo resolución de no volver a su pueblo. ¿A qué tornar a recorrer las veredas donde ya nunca escucharía palabras de cariño? Todos sus sueños, sus pobres sueños tan sencillos, estaban definitivamenteidos.

Sordo, como agua que taladra la tierra, fue infiltrándose en su corazón el rencor: llevando en las manos los puñales de la Venganza, cuando recordaba al alcalde, al teniente, al sargento; y envuelto en desdén, al pensar en la novia fementida que así sacrificara su doncella, acaso por dinero, cuando él, José, ni siquiera se atrevía a mirarla con deseo, por no manchar la pureza que parecía envolverla como en un halo de luz.

La vida militar era dura, mas el espíritu del mozo comenzó a despertar en el cuartel. De una parte, el roce con camaradas venidos de regiones donde se les trataba de un modo más humano, y de otra, las clases que recibiera, fueron abriéndole horizontes. Cuando supo leer, miraba con admiración hacia su pasado de ignorancia, y compadeció a los compañeros de su niñez, que habrían de morir sin ser nunca hombres como los demás.

Como se mostrara despejado, al cumplir su tiempo de servicio, los superiores propusieron a Tobo que se enganchara de nuevo, ascendido a cabo.

José no tenía ya nexos ningunos fuera del cuartel y resolvió quedarse. Así pasaron dos años más, durante los cuales sus penas, sus odios, hasta sus recuerdos fueron borrándose, como se borraban en las tardes apacibles de la nativa parroquia los surcos y las mieses. Apenas quedaron en su memoria recuerdos aislados, al igual de grupos de árboles en el llano, que de noche parecen grumos de sombra.

Un día el capitán lo envió a su pieza para que le trajera los anteojos de campaña. A esta sazón notaron la pérdida de algún objeto y sobre José recayeron las sospechas del robo. Nadie quiso oírlo para probar su inocencia. En consideración a su buena conducta anterior, se limitaron a despedirlo del cuartel. Tobo, ya en la calle, con su atado de ropa al hombro, miró en todas direcciones sin saber a dónde dirigir sus pasos. Hay personas para quienes el infinito comienza en la primera curva de un camino. En el cuartel quedaban los pocos amigos con quienes partía su pan, sus emociones y sus quimeras.

Y así que sus ojos dejaran de ver el horizonte que les era familiar, ¿qué otra cosa sería para él la tierra sino dilatado desierto donde todos somos mísculos granos de arena? Optó finalmente por marchar con rumbo al norte a la buena de Dios y sofocando el llanto que le hinchaba el pecho ante la nueva injusticia que sufría.

Entonces conoció el calvario de los que necesitan ganarse la vida y no encuentran quehaceres. En todas las haciendas del tránsito brindaba sus músculos robustos, y en todas partes le dijeron que no habían menester de jornaleros. Las escasas mo-

nedas que traía del cuartel iban quedando en los mesones. Por fin el hambre le impelió a tender la mano a un rico, en demanda de socorro.

—¡Parece mentira que pida usted limosna con esa salud que tiene! Es mucha falta de vergüenza la suya.

—Señor: no encuentro trabajo.

—Disculpa de holgazanes. ¡Largo de aquí!

Ante el insulto, José sintió pasar por su cerebro, levantando en él antiguos rencores, el pensamiento de matar, como pasa un soplo de viento sobre rescoldo que despierta chispeante. Pero no fue sino una idea fugaz.

Siguió andando, y la consideración de su propia miseria le hizo sonreír. Era ya media tarde; nubes de *chisgas* cruzaban volando el camino, alborotadas y piadoras; el viento en los jarales del cerro y el agua entre las piedras hacían un mismo rumor; y el polvo que se alzaba de la ruta parecía dorado cendal que flotase a ras de tierra. Se detuvo: sus ojos tropezaron con una linda moza, que puesta en cuclillas al pie del agua, golpeaba contra las piedras de la orilla ropas que lavando se hallaba, muy distraída.

—Buenas y santas tardes—dijo él.

—Nos las dé Dios a juntos—respondió ella, suspendiendo la faena para mirar al fornido mancebo.

—¿Qué hacienda es ésta, niña, y usted perdone?

—Pues ésta es “La Noruega”—repuso la moza, mientras se enjugaba las manos con el delantal—y no hay de qué.

—¿Onde se podrá hablar con el mayordomo?

—¿Es pa buscar trabajo?

—¿Es usted curiosa por un casual?

—Es que el mayordomo es mi taita, pa que lo sepa.

—Pues la felicito, y pa muchos años. ¿Y su papá estará por aquí nomasito?

—Hasta ya habrá llegao al rancho.

—¿Usted no vá pa allá?

—Mismamente.

—Entonces, déjeme usted que le lleve esos mugres, y éche adelante. ¡Caray con los ojos que tiene usted!

Nieves bajó los suyos, y en seguida, alzando el antebrazo para defender la frente del sol y para ocultar la turbación que el requiebro le producía, repuso, riéndose:

—¡Hoy sí que está fuerte esta condenilla luz!

En horas de mocedad el dolor resbala sobre la vida cual soplo de aire que de paso hace flamear una cortina de seda; porque la juventud es agua de río donde las penas, como las ramas, son tan sólo temblorosa sombra fugaz.

Mediaba la mañana. Una de esas mañanas sabanas en que se ve palpitar el aire sobre los sembrados. José suspendió la faena, y con el dorso de la mano se quitó el sudor de la frente. A su derecha, lo que ayer fue trigal era hoy una gran planada vestida de nabo; y sobre el dorado aquél y el verde de los yerbales destrenzaban los sauces, junto al río, sus melancólicos flecos, en larga hilera partida por el puente.

Tres meses iban corridos ya desde que el mozo fue recibido en la hacienda de don Pedro Rojas, donde por su natural despejado supo conquistar el aprecio del amo. Además, los conocimientos adquiridos en el servicio militar le habían valido para ser una especie de segundo del mayordomo, pues si bien el señor Higinio se jactaba de poseer grande experiencia en las labores del campo, reconocía no obstante en José la superioridad que da el poder llevar en un papel la cuenta de las cargas de trigo, sin necesidad de ayudarse con granos de maíz que, a su de-

bido tiempo, pasan de una *totuma* a otra según que las cargas entren al granero o salgan de él.

José poseía también otras virtudes muy dignas de tenerse en cuenta. Era el lector de las noticias en los papeles que traen de la ciudad, y los compañeros de trabajo escuchaban su comentario con una especie de temor supersticioso, pintado en los ojos; sobre saber leerlas, supo asimismo narrar amenas historias; escribía, sin cobrar sus gruesos palotes, las cartas del vecindario; y por si esto no fuese bastante, era preciso verle los domingos tiple en mano, terciada la ruana sobre el hombro, el *jipa* de medio lado; tosía con estrépito para *clarear* el pecho, y después de unos cuantos rasgueos preliminares soltaba un *vozarrón* magnífico, desgargantándose casi en las notas altas, para bajar luego en tono melífluo, entre guiños de ojo a las mozas y sonrisas a unas y otras.

José, desde la tarde en que había hallado a Nieves lavando ropa junto al camino, sintió una viva simpatía por la mocita, sentimiento que tuvo eco en ella y que la obligaba a bajar los ojos, encendida en rubor, al notar que él la estaba mirando. En las charlas sostenidas en el patio del rancho donde habitaba Nieves, ella iba echando nudos en la punta del delantal mientras él pintaba garabatos en la arena, con el extremo del zurriago. Sin que supieran el porqué, uno y otra se tornaban tímidos al hallarse solos; ¡pero cuán gratos eran aquellos largos silencios deliciosos y arrobadores! Ella, por lo general, les ponía término:

—Ni aun en misa que estuviéramos.

—Es que delante de vusté me agarra una bobería...

Nieves se ponía colorada y llevábase los dedos a la boca para hacer sonar las uñas contra los dientes, disimulando un melindre, en tanto que *Canelo*, el perro viejo de la estancia, los miraba con fijeza entre batir y batir de la cola.

Una tarde el señor Higinio invitó a José a entrar en el rancho:

—¡Pero taitica!—exclamó Nieves angustiada. El viejo, luégo de rascarse un rato la cabeza, dijo:

—Pues entonces arrimá unos asientos pa debajo del brevo.

Tobo no comprendía ese grito angustiado de la joven ni el temor que ella iba mostrando a medida que él se acercaba a la casa. Como todo el personal de la finca sabía que la muchacha era madre de un chico, hijo del patrón. Pero, evidentemente, sobre aquella casita toda blanca tendía sus velos el misterio. Nadie, salvo la señora Crisanta, y Nieves y su padre, vio nunca al niño, sobre quien corrieron las más extrañas leyendas; unos aseguraban que el amo pasaba a Nieves pensión, a cambio de que no mostrase al rorro, por el mucho parecido que tenía con el padre, pudor inexplicable en un hombre como don Pedro; decían otros que la criatura sufría un horrible mal; los más atribuyeron el encierro a extremada vergüenza de la mocita. Y la señora Crisanta, que jamás pudo callar nada, con respecto a ese niño, no toleraba preguntas.

Lo único en que estaban todos acordes, era en que los ojos de Nieves se nublaron de llanto al nombrar a su niño, y en que al señor Higinio era mejor no mencionarle el nieto. Mas con el correr del tiempo se había ido moderando la curiosidad del vecindario, y ya nadie, o casi nadie, se curaba del crío.

El recuerdo de la pequeña tragedia que amargara su vida años atrás, y que era como la columna vertebral de sus añoranzas, habíase ido borrando poco a poco del alma de José, que encontraba leves parecidos entre Nieves y esa otra novia burlada de los días de infancia. Esto, y el misterio que envolvía a la muchacha, más la natural inclinación de su sangre moza, le llevaron a enamorarse de ella con un amor, si bien mesurado y sin ímpetus, suficiente para mantener su pensamiento alrededor de la hija del mayordomo, cual abeja que vuela siempre en torno a la misma florecilla. Al principio había querido apagar en su conciencia ese cariño, porque aún guardaba el eco del pasado dolor, al modo de campana que sigue vibrando después del golpe. Pero la sonrisa triste de Nieves, y sus ojos mansos, iban tendiendo sobre la pena añeja de José una suave penumbra de olvido.

Ella, a su vez, comenzó a sentir hacia Tobo anhelos confusos, que nunca, hasta entonces, la habían turbado. Era una mezcla de admiración y de confianza, un deseo de abandonarse en los nervudos brazos del mancebo, y al mismo tiempo una tímida ambición de sentirlo reclinado en su pecho, suavemente. Mas en medio de su cariño erguía de

pronto el pavor, y una angustia cruel cortaba el vuelo de sus sueños, al igual de esos gritos perdidos que en lo hondo de la noche desgarran el silencio. Una vez pensó confiar su secreto a José; pero sus trémulos labios palidieron y las palabras se trocaron en gemidos. ¿Quién podría medir la tortura de su alma, llena a un tiempo de maternal ternura y de congojas sin nombre?

Empero, tarde o temprano, habría de llegar el momento en que Tobo conociese la verdad. Ocho días atrás el mozo habló con el señor Higinio sobre el proyecto de casarse con Nieves, y el viejo se había mostrado jubiloso porque, según su propio decir, "no era güeno que la hembra anduviese sola, y a más, de los sesenta pa arriba la sepultura nos relincha como burro en ferias".

El se iba sintiendo ya viejo y presto habría de "cerrar el ojo"; bien que le gustaba saber antes de la "estirada de la pata" a su hija casada y en buena compañía para el resto de su vida. De otra parte, Nieves estaba decidida en favor de José; y entre el cariño y el temor, su espíritu concluyó por tenderse hacia el mozo, como llama al soplo que lleva el viento.

Levantando a su paso mariposillas cándidas, Nieves se encaminó a la cerca donde José la esperaba.

—Dichosos los ojos que la ven, niña. Ya estaba creyendo yo que hoy tampoco.

—Véngame a decir ahora que se había acordao de yo.

—Por ésta—replicó el muchacho, haciendo una cruz con los dedos y besándoselos—que no he hecho más que mirar pal lao de su rancho con estos mismos ojos que se ha de tragar la tierra.

La joven le alargó la mano, después de limpiarla en el delantal.

José la retuvo con la diestra, mientras con la izquierda sobaba y resobaba el moreno brazo de la moza.

—¡Ah, bracitos éstos más fregáos pa dejarsen coger!

—¡Eso qué!—exclamó ella.

—Güeno; ¿y en qué paramos tocante a aquelito?

—Pus... ahí será decir que... güeno—contestó Nieves, tapándose la cara.

José no cabía en sí de gozo. Descubriéndole de un impulso el ruboroso semblante, la besó en la boca.

—¡Queto, queto! Eso es pa endespues del casorio.

—Dejáte de melindres, boba, que ya pa lo que falta lo mesmo da atrás que en las espaldas.

—Eso pensarás vos.

—Y vos también; ¿cuánto apostamos?

Y como José porfiase en besarla, ella escapó, riente y feliz. Cuando hubo saltado la *chamba*, volvióse al mocetón, apoyado el pulgar de su mano derecha en la barbata y abiertos los dedos en fila, frente al rostro, para moverlos con burla, como diciendo:

—Ahora sí cogéme... si podés.

José la miraba alejarse, y una vez que la perdió de vista, dijo reanudando el trabajo:

—¡Ah arrastrada ésta más... rejuda! Pero asína me gustan las mujeres: blanditas por fuéera y tiesas por dentro!

## X

La infernal zarabanda de los párpados, que tanto la molestaba, había venido aumentando con los meses, pesados como años para la flaca humanidad de la señora Crisanta. Los ojos llorones, el temblor de las manos huesudas y cierta mueca de la boca, cuyo labio inferior se largaba en frecuentes viajes hacia la izquierda, eran indicios ciertos de que la tierra ya la llamaba.

Tal se decía José junto a la fuente que, en mitad de la plaza, desplegaba sobre el ancho tazón circular de la base siete chorros simétricos.

Como todos los días feriados, la plaza presenta un aspecto de animación que no tiene entre semana. En el largo corredor de la casa municipal, mercaderes venidos de lejos presentan sus chucherías, entre grandes pañuelos de yerbas, prendidos a lo largo de una cuerda. En el atrio de la iglesia, a medio construir, aguardan a que acabe la misa los descreídos del pueblo, terciada la ruana, albos los *jipas*, retorcidas las puntas de un bigotejo de mal gusto, y mirando dulzarronamente a las mozas que vienen en retraso, sonreídas y limpias, entre rumor de telas y taconeo de zapatos domingueros.

—¿Pero no piensa usted dentrar a misa?—preguntó la señora Crisanta a José, haciendo esfuerzos por dominar las contracciones del labio.

—Aína voy, agüela, sino que tengo que echar con usted una manita de conversa.

—Ya se me ponía a yo, cristiano, que me estás debiendo el remojo.

—¿De qué?

—De la novia que te has echao, sin tantica.

—Agüela, usted tiene conoscencia más que todos de que el remojo se lo debe es don Pedro. Tocante a este punto es que quiero que usted me converse el pormenor.

—Mirá, José—repuso ella,—que manque se me hubieran de quitar por de siempre estos bailoteos de los ojos, con sólo decir esta boca es mía, ni una migaja de nada habrás de saber por mí. A la Nieves le pasó su calamidá y hasta ahí te cuento. Pero tocante a lo que sigue, o séase al criaturo, andá y preguntále a ella.

—Dejémos en paz al crío, que con él me tocará cargar sin mirarle el diente, por el aquél de que el burro no le venden sin las angarillas, y asina es como lo tenemos apalabreo con la Nieves. El respeto de hablar con esta agüela no es sino de quién la desgració.

—¿Acaso no lo sabés?

—¿Pero Nieves me ha dicho que fue sin su querencia!

—¿Y quién lo está negando, pues? El patrón comenzó a arrastrarle el ala, y ella, ni esto; que tomá este espejo, y esta zaraza pa que te hagás un ca-

misón, y ella, ni esto; que te voy a quitar la estancia... y como la verdá es que poder sí puede, que para eso es de su tierra de él... y asina sería que sucedió. No es que yo sepa nada, que con la Nieves no he conversao tocante al patrón; pero pa algo soy ya agüela, y sé lo de la Nicasia y lo de Sacramento, y lo de Usebia, y lo de María Enduviges, que asina fue como te lo estoy contando.

—Pero, oiga, agüela: ¿y endespues la Nieves volvió a ver al patrón?

—¡Ps!... Los hombres son como las tominejas: onde han picao una vez, ya pa qué es seguir picando.

Hasta los dos interlocutores vino el rumor del órgano, sobre el cual se alzaba a espacios el canto, para quedar ahogado otra vez por las notas del instrumento y seguir de nuevo entre los trémolos ejecutados a mitad de la escala. Se diría que notas y voces formaban como una trenza imaginaria, donde los hilos montan y se hunden unos sobre otros. Más cerca, el gorgoteo del agua en la pila y el runrún de las conversaciones de marchantes y merchifles en los baratillos. Y sobre rumores y muchumbre pasaban manchas de sol, olas de sombra, según bogasen en el azul las nubes de aquel día sereno.

En tanto, en el interior del templo adelantaba el rito. Al pie del comulgatorio, en el círculo de luz que la cúpula proyecta sobre el pavimento, hallábanse los bancos de las familias pudientes, con grandes letreros en el espaldar. Cuando no estaban ocupados por sus dueños, tenían atravesado de bra-

zo a brazo y sujeto con candados, un madero para impedir el uso a quienes no llevasen la llave. De aquel punto hacia abajo, partía el recinto en dos porciones doble fila de otros bancos que, por tener muchos brazos divisorios, así como por el color oscuro y grasiento de la madera, evocaban el coro misterioso y umbrío de algún añejo monasterio, donde el tiempo, la quietud y el incienso, imprimieron el sello de lo pasado sobre las cosas. Por entre aquellas filas iba el cura revestido de capa pluvial e hisopo en mano, echando asperges a uno y otro lado; los hacendados ricos humedecían el pulgar en el hisopo, que el párroco les presentaba con una sonrisa, para distinguirlos de la grey común. Una voz cascada cantaba latinajos, acompañada en el órgano por el maestro de escuela, cuyos dedos hacían piruetas sobre el teclado. Y al comenzar la misa, al murmullo del intróito sumábanse rumores de enaguas almidonadas, toses, tímidas escalas a la sordina, y risotadas de la lora en el vecino huerto de la casa parroquial. Anchas fajas de luz penetraban a través de los vidrios multicolores de las ventanas, y los rostros de los fieles parecían rojos, azules o lívidos, según fuese el color de la faja luminosa.

Sentada en la tarima de un confesonario, Nieves atendía por igual a la misa y al cancel de la puerta, esperando ver entrar a su novio. Por espacios se quedaba alelada, mientras en el armonio sonaba un remedo de valse, salpicado de tropezones en que la cadencia se rompía.

La campana bronca resonó, de improviso, en lo alto; ante el altar subía una nube de incienso entre

la cual lucían como manchas de oro las llamas de los cirios; hubo un murmullo, seguido de silencio absoluto. Cesaron en la plaza toda conversación y todo movimiento; rasgó el aire un cohete, y otro, y otro: un trueno formidable asustó a los animales en las calles vecinas. Después, los bronces más agudos repicaron alegres, y la sagrada pausa quedó rota.

José y la señora Crisanta se detuvieron ante el chucho del antioqueño Teófilo, para comprar un pañuelo que el mozo había prometido a la vieja.

—Buenos días, Teófilo!

—Muy buenos, señora Crisanta. ¡Eh! ¿Todavía la friegan las carreras de la boca? Amarre ese pícaro labio a este botalón que está ayí plantao, no sea que de pronto se le largue.

Teófilo había llegado al pueblo pocos meses antes, en estado de lastimosa miseria. Pero iba ya medrando, y su baratillo era el más acreditado de todos. Sirvió al principio la sacristanía, luego fue guardia civil, después empleado del ferrocarril que pasa cerca al pueblo, y por último, le vino antojo de establecerse por su cuenta. Tomó, al efecto, un quartucho para instalar allí lo que llamaba "la botica", donde si bien expendía drogas, no era en realidad tal botica ni nada parecido. Para suplir las deficiencias de su comercio, Teófilo sacaba muelas, hacía retratos, daba lecciones de tiple, freía "crispetas", cortaba el pelo y afilaba herramientas; pintó cuadros, y echaba las cartas para adivinar el porvenir; sostenía alegatos en el juzgado, y era el as para componer las cerraduras.

A José "no le entró nunca el tal Teófilo". Juzgáballo uno de esos aventureros afortunados que no arraigan en parte alguna, porque a la postre tienen que huír por causa de sus mismas picardías. Mas por una curiosa coincidencia que siempre se repite en la historia de la humanidad, esos tipos misteriosos que dondequiera tropiezan con la desconfianza y mala voluntad de los hombres, suelen despertar simpatía entre las mujeres. Es cosa averiguada que siempre han tentado a las hembras el descarro y la audacia.

Como a la tarde habría procesión, ceremonia tradicional en el día de Corpus, la calle que da espalda a la iglesia hallábase plagada de tendejones donde los que quisieran almorzar en el pueblo podrían comprar presas de gallina, mazorcas asadas o papas con queso, que en grandes artesas se tenían expuestas con las botellas de aguas gaseosas, los vasos y las *totumas timanáes*; alguna de éstas, a cada ráfaga de viento, bogaba en redondo del rebosante tonel, colocado bajo la mesa.

El gentío comenzó a salir de la iglesia, entre empellones. *Jipas* blancos, amarillentas *corroscas* y pañolones y jergas, se mezclaban en confuso vaivén. La multitud se iba desparramando por la plaza, y en el atrio no quedaron sino grupos de mujeres que traían al brazo su catrecillo plegadizo, un tapete para arrodillarse o el libro de oraciones, descuadernado, gordo y mugroso, ceñido por la camándula.

—Te quedaste sin misa—dijo Nieves a José, fingiéndose enojada con él, pero sin poder evitar en sus ojazos una lumbre de cariño que valía por la

sonrisa escondida a la fuerza entre sus labios. —Más negruras que guardás pa decir la culpa endespúes.

—¡Ah! ¿Me habés echao de menos? Güena sería la devoción que tenías vos.

—¿Hora la van a pegar aquí?—intervino el señor Higinio. —Abajémonos del altozano pa no estorbar.

La señora Crisanta se vino en derechura al grupo:

—¿Y ese milagro, comadre?

—Ya lo ve, compadre, cada día estoy más vieja y peor de renca. Pero como yerba mala no muere.

—¡Eso qué! Pa viejo dígase el suscrito, que se me ha acortao la vista pa mirar de cerca y me ajustan unos retortijones.

—¡Ay, compadre Higinio!—replicó la señora Crisanta con mucha dificultad, pues tenía observado que los malditos viajes de su labio inferior se aceleraban al usar palabras que llevasen g y j;—es que ya vamos siendo agüe... agüelos.

—Razón tendrá vusté cuando lo dice. ¿Y qué chiripa es toparla por aquí?

—El menester de verlo, compadre, pa que me emprieste un consejo; que me ha salido mi compadre Celestino que me merca el pedacito de tierra, v como estoy por liarlas pa el lao de la calor.

—¿Y usté qué va a hacer allá abajo?

—Pa tentar a ver si se me alejan estas garroteas y este engarruñao de los dedos que hasta romadizo será.

—Andele con maña a mi compadre Celestino, que ése es muy sabido.

A la tarde cundió el alarma por el pueblo, pues el cielo, poco antes azul, mostraba ahora un color gris, augurio de lluvia. El señor Higinio, sin embargo, pudo asegurar que no llovería, pues el viento iba hacia la estancia de su compadre Manuel. La nube amenazante pasó en efecto y entre los rezagos aborregados del firmamento aparecieron de nuevo jirones de turquí. En punto de cinco repicaron a procesión, y entre clamores de las campanas y de la multitud, apareció el cortejo en la puerta de la iglesia. Primero la cruz alta, y los ciriales de luz débil, casi perdida contra el blanco de los muros; luego una doble hilera de fieles que llevaban titilantes cirios, más luminosos mientras más se internaban las filas en la penumbra del interior. Reventaban uno tras otro los cohetes, se colmaron de gente las calles. Del pie de la torre ascendía lento el humo de los incensarios, que tornasolaba en lo alto, contra el sol.

—¡Ya viene, ya viene!

—¡Silencio!—respondió otra voz.

Serpeando lentamente, las filas avanzaron sobre los camellones de aserrín, y bajo los arcos donde, a veces, enredábase el asta de algún estandarte. Seguían repicando las campanas y los vanos de la torre se poblaron de curiosos. Solemne, con las gafas a media nariz y un gran escapulario blanco sobre la mantilla, la maestra venía delante de las niñas escolares, todas muy aseaditas, peinadas de trenza, y de andar timorato. Un segundo estandarte, y en

pos los chicos, atentos, más que a la procesión, a desprender de los cirios la cera chorreada. Dominando todos los ruidos muge un toro en el coso, y los chicos se miran con la risa en los labios; mas en cuanto el maestro vuelve a mirar, hay un vaivén de cabezas rapadas y un abrirse asombrado de los ojillos inquietos.

Más allá adelantan trabajosamente seis fornidos mozos que traen el armonio. En la puerta aparece por fin el palio: los magnates del pueblo llevan las varas, y entre ellos viene don Pedro Rojas, recogido, como hidalgo de la edad media. Debajo destellan la custodia y los ornamentos del párroco y albean sus canas. En las esquinas se detiene la procesión, suena el armonio, y las voces de los cantores se pierden casi en la vastedad de la plaza. Al cabo se reanuda la marcha, y vuelven a reventar los cohetes y a tañer los bronces.

La alfombra de aserrín tendida entre arco y arco, queda deshecha. Un niño recoge varas de cohetes, y otro chilla entre la muchedumbre apretujada, que avanza a lado y lado de la calle. El viento dispersa el humo que aún flota ante el altar abandonado.

En tanto, el sol declina y la penumbra azulada de la tarde se tiende sobre el pueblo. Cobran brillo las luces y alientan más rojas las ascuas de los turiferarios. El coro está más ronco. Los que viven lejos se escurren. Comienza a lloviznar. Los cohetes no se oyen ahora sino de rato en rato. En la chichería se oye un runrún de voces.

Súbito cunde el silencio. Es que la procesión llegó a la iglesia, y el cura, fuera del palio, imparte a los fieles la bendición con el Santísimo. Todos se arrodillan. Callan las campanas. El agua cae sin cesar en la pila.

Rato después, el señor Higinio inició la marcha de retorno a la heredad del de Rojas. Resbalaban en la greda húmeda del camino y en la oscuridad las luces de los ranchos eran como flores de jaramago. Primero se oían las voces de los caminantes que iban al pueblo; se precisaban, y en seguida, ya perdidos otra vez en la sombra, aún se escuchaban un trecho más las conversaciones.

Por fin llegaron a la estancia, pese a los enamorados, que disfrutaron a sus anchas la oscuridad y lo resbaloso del camino. *Canelo* vino a recibirlos humillándose. El señor Higinio encendió luz.

—Conversen ahí, mientras voy a echarle un poco de tamo a la yegua—dijo Higinio.

Los novios quedaron solos. Cuando los pasos del padre se apagaron, José, tomando el rostro de la muchacha, la besó en la boca. Nieves tuvo un temblor. Irguióse para huír, pero quedó enfrentada a su novio. El pensamiento de que ya no era posible dilatar más el decir a *Tobo* su secreto, hizo palidecer sus labios. Con voz que era casi un suspiro, musitó:

—Oíme, José, lo que te voy a decir.

—Andá diciendo. Pero no te pongas así, no seas boba. Estás que ni un papel de blanca.

—Es que...

—Pues entonces no me digás nada todavía, y tomá un poco de esto pa que emborrachés la vergüenza.

Nieves sentía reseca la garganta. Le temblaban los senos bajo la blusa de zaraza. Continuó:

—Sabés que hace tres años yo tuve...

—¿Un hijo del patrón?... Eso les ha pasao a todas las mujeres. Aquí tó el mundo tiene qué ver con don Pedro.

—Pero es que el mío... al mío nadie lo ha visto porque... ¡Qué desgraciada que soy, Dios bendito!

Un escalofrío recorrió a José de pies a cabeza. ¿Por qué se asustaba así Nieves para contarle una cosa tan natural? ¿Quién era la moza que hubiera vivido en la hacienda, sin entregarse al amo, cuando él lo quería así? ¿No es tradición que los patronos hagan el amor a las hijas o mujeres de sus arrendatarios? ¿La misma madre de Nieves, según oyó contar *Tobo*, no había caído también en las garras de ese hombre, antes que naciese la rapaza? Es de suponer que el señor Higinio lo supo a tiempo y nunca le dio importancia a los quereres del amo y su mujer. Conque, ¿a qué venían los arrumacos de su novia?

—Acabá—dijo en tono seco.

—Mi niño es... es...

Y de pronto, haciendo un esfuerzo para concluir, Nieves fue hasta la puerta de la pieza contigua, donde dormitaba su hijo, la abrió de par en par, y repuso:

—Algún día lo habrás de ver. ¡Entrá, pues!

Levantóse el otro desconcertado, y con el andar de quien camina a tientas, entró en la alcoba. Sobre la cama del abuelo reposaba el niño. Fijó en él la mirada. A medida que su vista se hacía a la penumbra, iba distinguiendo mejor a la criatura: cabeza grande, cabello liso, la boca pequeña, la...

Súbitamente retrocedió en instintivo movimiento de repulsión. Aquel desgraciado tenía la parte superior del rostro como una tabla rasa, sin ojos.

## X

Circuída de sauces y cerezos, con la sabana inmensa por fondo, su sembrado en que vaguean las gallinas y su patio de tierra limpia en el frente, la casita de zócalo rojo y blancas paredes era como un remanso donde la vida se sosiega. Cuando pasaba el tren, atronador y trepidante, largas guedejas de humo venían a enredarse en los árboles del contorno, hasta que la blanda brisa las llevaba cielo arriba o llanura adentro.

Defendía la casa del sol un viejo fresno, cuyas raíces corvas hacían arcos a flor de tierra; el tronco centenario mostraba amplia caverna, lamida por el fuego que encendieron a su abrigo manos desconocidas, y era todo rugoso y duro como un tosco ídolo de bronce; en una rama mutilada se enredaban bejucos de madreSelva; y allá, en lo alto, se abría a modo de laberinto la ramazón donde la colmena parecía gota de leche; negreaba la urdimbre de los gajos, y lucían jirones de sol y jirones de azul, entretejidos con las hojas verdes. El viento y el zumbido de las abejas, los trinos de los gorriones y los chirridos de la madera a cada vaivén, llenaban de rumores aquel coloso magnífico, y solemne como una catedral.

A su fresca sombra iba a correr serenamente un idilio. José cuidó con esmero cariñoso las florecillas del jardín; hizo marcos de corteza a los bonitos anuncios ilustrados que le regalaron cuando estuvo en la ciudad; fabricó las sillas rústicas que habría de enclavar junto a la puerta; y a la cabecera de la cama colgó una Dolorosa, rodeada de cintas, caracoles y lentejuelas.

¡Por fin amanecía en su vida la felicidad. De ahí para atrás el pasado se borraba con su cauda gris y monótona, punteada a espacios de memorias tristes, que ahora le parecieron dulces y de añoranzas alegres, que vistas a lo lejos tenían un leve matiz melancólico. Entre todos sus recuerdos el de la madre muerta en abandono y vejez, y el de *Clavel*, perro leal y único amigo de su infancia, se alzaban dolientes al través de los años, para empañarle los ojos y tornar nuevamente al olvido. ¡Cuán vagos y remotos se mostraban ahora la aldea nativa y el techo pajizo de la paterna heredad, a través de cuyos vanos rutilaban las estrellas! ¡Y cómo hoy, a la lumbre del nuevo amor, ya no le dolía la evocación de aquella zagala boyacense, incentivo otro tiempo de sus ensueños!

Naciente febrero, vino la sazón de los trigos. Y con la madurez de las dóciles espigas, que ondulaban rumorosas al viento, llegó el amanecer tan esperado en que había de ir por Nieves para llevarla a la iglesia.

De lejos advirtió al señor Higinio, caballero ya en el mejor alazán de *La Noruega*, con sus grandes zamarros de *res negra motosa*, que sólo sacaba al

pueblo en oportunidades de importancia, y estrenando amplia ruana tasqueña enteriza, encargada a un su amigo de Tasco para aquel día. Púsose José dos dedos en la boca y produjo un silbido agudo, para hacerse presente. Al llegar al rancho, sofrenó la bestia:

—Güenos y santos días.

—Lo mismo digo—replicó el mayordomo.

Nieves apareció en el corredor, y al ver a José encendió su rostro una ola de rubor.

—¡Caramba si estamos majas, niña!

—¡Eso qué! ¡Dígaselo a mi taita que fue quien me trajo los chanchiros.

Sin más palabras, José la ayudó a montar. Cercioróse de la seguridad de la cincha, le dio unas palmaditas cariñosas en la rodilla, amarró el *pisador*, y dirigiéndose luego a donde dejara su jaca, de un salto quedó listo él también.

—Hora sí a santiguarsen y écheselas, que nos coge el día!

—¡Cuidado con mi chinito, Engracia!—gritó Nieves.

Y una voz infantil repuso dentro, alargando las sílabas finales:

—Güeno, sumercéee.

Resbalaron los cascos de las bestias en el cascajo del sendero; el mayordomo hizo sonar el zurriago contra los estribos de cobre, y la yegua del mozo pujó tres veces en el talud de salida. Dando en una rama, el sombrero de Nieves estuvo a punto de caer.

Quince minutos más tarde descabalgaron en un corral húmedo, cercano al templo. Las bestias respiraban trabajosamente y su aliento fluía denso como neblina. Sacudióse con fuerza el caballo del señor Higinio, y al rumor de los arreos la yegua de José retempló, asustada, el cabestro.

—Oiste, animal, óiste!

Al doblar la esquina veíase la iglesia. Los enamorados miraban con emoción esa puerta ancha, abierta de par en par, donde parecía que se hubiesen refugiado las sombras en rezago. Dentro, retumbaba el tardo paso del mayordomo, quien había logrado meter los pies entre anchos botines de cuero de becerro, no sin mascullar una que otra maldición, y curarse con saliva las yemas de los dedos, machucados en la brega.

Un monaguillo no bien despierto aún llevaba el fuego de cirio a cirio con larga vara, rematada en mecha de pabilo y campaneta de apagar. Mujeres y viejos iban llegando. Alguien se sonó ruidosamente. Todo estaba listo. Tan sólo faltaba don Pedro Rojas, quien por tratarse de la hija de su mayordomo vendría de la ciudad en el primer tren, para apadrinar a los novios.

La espera produjo en Nieves un sentimiento indefinible, semejante a la sensación del que se asoma a mirar una sima; algo como miedo y anhelo a un tiempo mismo, ansia de prolongar, para mejor saborearlo, el instante presente, y afán por salir del paso de una vez.

Al cabo pareció el señor. Envióse recado a Cura que esperaba ya revestido y la ceremonia fue ini-

ciada. Un grupo de niñas curiosas invadió la iglesia. Cambiaban impresiones en voz baja, y todas querían acercarse lo más posible, con gran disgusto de las mayorcitas, que en vano pretendieron imponer orden y silencio. El señor Higinio, conmovido quizá por algún recuerdo de su juventud, o acaso por el pensamiento de la soledad que le esperaba en su vejez, limpió de sus ojos una lágrima, con el reverso de las encallecidas manos.

Inolvidables minutos de emoción ante el altarcito humilde, donde la voz del cura murmuraba latines en tanto que los cirios palidecían gradualmente, a medida que la luz del día iba disipando la penumbra. Olor de losas húmedas y de ornamentos viejos. Eco de vinajeras que chocan mal paradas en la bandeja, de carraspeos, de campanitas, del paso de las hojas en el misal, de una banca que rechina contra el pavimento! Toda luz se difunde y todo sonido se agiganta en las iglesias de aldea.

Terminada la misa, novios y padrinos se encaminaron a la casa cural. En el atrio, don Pedro dio algunas palmadas en el hombro al señor Higinio, y luego, tendiendo la mano a José, quien limpió la suya en la ruana antes de darla al señor, dijo a Nieves:

—Ya le he dicho a tu taita que te dé la novilla de vientre que vos misma escojás. ¿Oyés? Es mi regalo de boda.

—Dios se lo pague a su mercé.

—Y vos, Higinio, echá afuera el guayabo, que las hijas son pa que se larguen y nos dejen solos.

—Sí, patrón. Esa es la verdá. Lo malo es que con la viejera se le va desguarabilando a uno el carácter.

—Y vos, ¡a tenerte de la gurupera!—concluyó don Pedro, sonriendo a José.

¿Qué intención adivinaba el mozo en la sonrisa del amo? Ni él mismo lo supo. Imaginó a su modo el momento en que don Pedro, tres años antes, robara la virginidad de quien ya era su mujer, y tuvo el anhelo de escupirle a éste el rostro, arrancarle los ojos. Cuando se hubo serenado, replicó al de Rojas.

—Ahí sí que cada uno se agarra con las uñas que Dios le ha dao, mi amo Pedro.

En la puerta de su casa los esperaba el señor cura:

—Siga, siga, mi señor don Pedrito, y espéreme un momento. Tomaremos el chocolatico en compañía. Alguna vez debe hacerse penitencia.

El de Rojas subió la antigua escalera de peldaños gastados en el voladizo. Una mirra domesticada daba saltitos en la faja enladrillada que partía los surcos del patio, sembrados de flores y yerbas medicinales. Hasta la baranda del corredor alto iban las ramas de la *kananga* que crecía junto al aljibe abierto en una esquina del rectángulo. Suspendidas entre las columnas, goteaban agua las canastillas de parásitas. Dentro, se oía el crujir del maíz en la piedra de moler.

Rayaba el cura en los setenta abriles, y tenía ancha y despoblada la cabeza, erizado de puntas blancas el rostro, que no se rapó nunca sino dos ve-

ces por mes, llorones los ojos y temblorosas las manos; calzaba botas con tál cuál botón de menos y por entre el bolsillo de su sotana fluían, por decirlo así, las mugrosas puntas de un pañuelo rojo con tréboles negros. Al subir la escalera solía mostrar bajo el hábito los extremos raídos del pantalón de manta.

Cuando oyó que don Pedro hubo abierto la puerta de la sala, una puerta tan necia como ciertas amas de llaves, según decir del mismo párroco, dirigióse a los novios:

—Bueno, pues: ya estamos casados como Dios manda. ¿Entendéis? Con que, a darle cuerda al sacramento.

Los recién casados rieron de la ocurrencia, y el buen pastor continuó:

—José tiene que dejar la chichita de los sábados, si es de los aficionados a reunirse con amigotes en la taberna. Muy formal, y no pegarle a la mujercita sino cuando sea indispensable...

—Sí, mi amo.

—Y vos, Nieves, a remendar con juicio y a estarte metida en tu rancho. Y nada de carantoñas a ninguno distinto de tu marido. El día que le mostrés los dientes a otro, yo mismo le ayudo a José en la muenda que te ha de dar.

—Sí, mi amo.

—En cuanto a este agüelo—agregó dirigiéndose a Higinio—ahora de cuenta de que se queda solo no se me vaya a juntar malamente con cualquiera, como la otra vez. Mirá que a vos enestico te toca rendirle cuenta a Dios de toda tu perra vida.

Y ya estás muy viejo, además, para meterte en enredos.

—Sí, señor.

—De modo, pues,—concluyó el párroco— que ahora cada cual a su casa y a su oficio. A ser buenos cristianos y a tener paciencia, que el matrimonio tiene sus ratos de ser pesadito, pesadito, como enjalma matadora. Y cuando tengan hijos, a cristianarlos prontico; que eso de esperar a que el chino tenga dientes para echarle el agua encima es agüero, que es pecado. Hasta otra vista y que aproveche la bendición. Yo tengo buena mano.

Esto diciendo, remangóse la sotana y empezó a subir con mesura los escalones. En el descansillo se volvió hacia ellos:

—Ala, Higinio: ¿ya cogiste el trigo? No te hagás el olvidadizo con los diezmos, no seas hereje.

De regreso al rancho del mayordomo encontraron ya hecho el almuerzo. Habíalo preparado la china Engracia, regalada por su compadre Manuel al viejo Higinio para que reemplazara a Nieves en los quehaceres domésticos. Al principio se pensó en que el matrimonio viviera con él, pero el señor Cura se opuso a ello diciendo que mujer con dos amos no servía bien a ninguno, y que a la primera paliza del uno o del otro se armaría la *furusquina*. Y luego de una pedrada se matarían dos pájaros: dar solución al problema del señor Higinio y quitarle a Manuel una boca, que hartas tenía, y hambrientas por añadidura. Fue así como don Pedro cedió a José un granero arruinado, lindante con la vía férrea, para que éste lo arreglase de vivienda.

Desde el día anterior se llevaron el baúl de Nieves, a su nueva casa. Los cacharros de cocina se los trajo de Ráquira a José un paisano. Y en cuanto al fenómeno, la china Engracia lo trasteó también, mientras la madre estaba dando el sí. De modo que luego de haber almorzado juntos, y una vez desensilladas las bestias que José llevó al potrero, marido y mujer enderezaron hacia la casita blanca que el fresno viejo protegía con la sombra de su ramaje susurrante.



## SEGUNDA PARTE

---

### AL RUMOR DE LOS TRIGALES

#### I

Por el escampo argentado de luna, donde los arrayanes se erguían a modo de paraguas abiertos, Nieves y José tornaban hacia su casa un domingo, entrada ya la noche. Habían ido a ver al mayordomo, que estaba enfermo, y a cuya cabecera quedó instalada la señora Crisanta, jurando que a pesar de sus años y de no haber lidiado en su vida sino mujeres, "iba a poner en pie a su compadre, como saber que le conocía todas las mañan hasta el último rincón". Y, dicha sea la verdad, merced a los brebajes que la otra le administraba, el viejo fue despertando de la postración en que yacía. Dejaronle

sus hijos medio sentado en la cama, la cabeza ceñida por un pañuelo que sujetaba en torno de ella hojas molidas de arboloco, untado de sebo el pecho mal cubierto con roja franela y envueltos en la ruana los pies.

Mientras el arrechucho del viejo pasaba, José asumió las funciones de mayordomo, a contentamiento de don Pedro, quien durante la enfermedad de Higinio estuvo quince días continuos en la hacienda; y como quedase satisfecho con el despejo y la expedición del mozo, le hizo una mejora en el jornal.

Para demostrar al señor su gratitud, Tobo echó mano a los conocimientos adquiridos en el cuartel, y aquí de sus robustos palotes y de sus rudimentos de historia militar; cuanto animal hubo en la finca, fue inscrito con todos sus pelos y señales en un cuaderno destinado para censo. Y pues los nombres conocidos allí, "la Careta", "la Negra", "la Rosa", no dieron abasto para tanto ganado, vacas hubo que de ahí en adelante se llamaron "la Sucre", "la Ayacucha", "la Libertadora" y "la Pichincha", a la cual los peones, para facilitar el "voquible", decían "Chinchosa". Al garañón nuevo bautizaron con el nombre de "Carabobo", y no faltó algún muleto dicho el rucio *Golívar*.

Desde que José asumió la mayordomía de "La Noruega", iba con frecuencia a la taberna en busca de los patrones y mayordomos vecinos. Allí hizo amistades nuevas, entre copa y copa cerraba negocios, e iba adquiriendo nociones distintas. Los patrones simpatizaron con él por su despejo y le

invitaban a beber con ellos. José les escuchaba complacido cuando departían sobre política o negocios, o sobre esa sociedad para él desconocida, a la cual pertenecían los señores. Este último tema subyugaba particularmente la atención del ex-soldado.

Aparte de sus escasos conocimientos, José aventajaba a todos los mozos de "La Noruega" en fuerza y en arrojo, gracias a la gimnasia de los años de servicio. Y como, por otra parte, había aprendido del señor Higinio muchas tretas para domar potros, "hacer rendir la leche" y escatimar los gastos, resultaba el hombre cabal en una mayordomía sabanera. Mas si sus méritos aún fuesen escasos para el cargo, ¿quién mejor que el marido de su hija era el llamado a suceder al señor Higinio cuando éste faltase?

Tales reflexiones se formulaban marido y mujer, de regreso a su rancho, en tanto que alguna gallineta, asustada a su paso, graznaba entre el *buchón* de la *chucua*. Como si estuviesen enredadas en los zarzales distantes, las luces de las viviendas campesinas titilaban a través de las ramas. Arriba bogaba la luna.

Por el camino tropezaron con Teófilo. ¿Qué andaría haciendo por allí el aventurero a tales horas?

—Es que le tienes mala voluntad—replicó Nieves.—¿Qué de malo hay en que vaya por donde quiera?

—Ya saliste a defenderlo. Pues no me gusta toparlo por aquí cada rato. Hasta él sería el que se robó las dos chivas el otro día.

—No echés juicios temerarios mientras no hai ga fundamento.

Y no se habló más.

José conservaba gratas memorias de sus primeros meses de matrimonio. El amor había tendido sobre su conciencia azuladas nubes de ensueño y henchido de temblores los juveniles senos de la esposa que le quería con pasión. Frecuentemente se prodigaban besos sin palabras, los ojos cobraban un brillo loco y el sentido se perdía en dulces desmayos.

La abuela Crisanta recibió a la niña fruto de su querencia. Llamáronla Antonia, por haber nacido en el día de tal Santo. Sin embargo, ese vástago que en circunstancias normales hubiese colmado de dicha a los padres, vino a ser la causa de un extraño malestar en la limpia casita.

Porque Nieves, comparando la belleza de Antonia con la deformidad y miseria del hijo, sentíase sacudida por frecuentes ráfagas de ternura y se echaba a llorar. Pensó que la muerte sería el mejor desenlace de aquella existencia tan inútil y de sus propios afanes. Mas el solo pensamiento del fin la llenaba de lástima, y con más cariño que nunca estrujaba contra el seno la enorme cabeza del idiota. Curiosa situación la de Nieves, que ora le llevaba hasta desear el fallecimiento del infortunado, ora doblaba su afecto por él hasta mirar con indiferencia, por no decir despego, las gracias de Antonia, cual si la salud y belleza de la pequeña fuesen un insulto a la desgracia del otro; y que ya la arrastraba a un sentimiento de repulsión por el engendro de su pecado, acentuando en ella al propio tiempo el deseo

inconsciente de mimar a la hija de su matrimonio, o ya, por último, la sumía en el más profundo abatimiento, o revolvía en su alma negros instintos entre riesarse de los cabellos y morderse las manos sin comprender las sensaciones que hervían en su horrible caos interior. A la tarde, cuando José regresaba de la faena, se arrojaba entre sus brazos nervudos, como si en ellos pudiese esconderse de sí misma.

José, a su turno, tuvo menos tolerancia y miramientos para con el degenerado que alentaba tendido en su camastro de ciego. Le fastidiaba oírle llorar a media noche, comenzaban a cansarle los sonidos guturales de aquella boca muda. Y pasada la embriaguez amorosa de los primeros meses, sentía en ocasiones algo indefinible, que quizá era un rencor hacia el fardo que contrapesaba la felicidad de su casa. Y a esta sensación molesta se unían sordos celos cuando pensaba en el pasado de su mujer. A solas reflexionaba para convencerse de que toda muchacha campesina llega al hogar luégo de haber sufrido los desgarrones de los espinos que erizan su senda miserable. El caso de Nieves se repetía de continuo, dondequiera que un hombre rico tuviese arrendatarios en su tierra; en su nativo solar boyacense, a lo menos, nadie discutía al patrón la doncelez de las mujeres. ¿Por qué, pues, era para él causa de molestia el recuerdo de un contratiempo tan natural? ¿Qué recóndita noción podía sentirse lastimada allá en su conciencia? Pese a los miramientos que don Pedro le guardaba, el mozo no podía echar fuera la ojeriza que le cobró. “Pero qué idiota soy, se decía, amargándome la vida con pensares que a

nada llevan! ¡Maldita sea mi terquedad, que siempre te de estar rondando alrededor de la misma idea!"

Esto, punto más, punto menos, pensaba el mozo, si pensamientos pueden llamarse los abstrusos conceptos que poblaban su cerebro, ayuno de todo principio. Pero lo cierto es que su dicha tropezaba siempre con un obstáculo, y ese obstáculo, ¡caramba!, no se podía romper a puñetazos.

Sin embargo, hasta esa noche, mal que bien el amor era seguro refugio para ambos, cuando la tragedia interior de las almas asomaba las garras en lo hondo. Tal vez con el tiempo hubiera venido la indiferencia a sanar las heridas que empezaban a abrirse. A medida que otros hijos llegasen al hogar, quizá la madre se ocuparía menos del monstruo, y José dejaría de sentir por él interés. Con el rodar de los días todo se compone, y las almas rústicas, que viven de pequeñas ilusiones, desdeñan al cabo lo estable.

Mas por mala ventura, cuando después de soltar el perro, cerrar la puerta y apagar la lumbre en el fogón, comenzaban ambos a desvestirse, Nieves dio un agudo grito de terror.

Por causas desconocidas para ellos, que acaso llevaba escondidas en la sangre, y que hasta ahora no se manifestaban, el hijo deforme de don Pedro Rojas se sacudía entre espasmos, azulada de asfixia la frente sin ojos y rebosando espumas la boca; y cual si todos los huesos de su cuerpo fuesen de gelatina, hacía contorsiones inverosímiles, en medio de alaridos dolorosos.

José acudió en socorro del infeliz, pero súbitamente se cruzó de brazos frente a él, mirándolo con

ojos de enemigo; en la congestionada faz del monstruo adivinó la misma risa, o mueca, o lo que fuese, que otras veces había visto con ira en los labios del patrón. Y ¡oh fatalidad sin nombre! Nieves, su mujer, transformada la expresión del semblante por el afán, también se parecía en ese instante a don Pedro Rojas.

Entonces, sin saber por qué, el hombre sintió nacer en su pecho un odio repentino y feroz hacia el estorbo que se revolcaba agonizante. Y cuando, pasado el ataque, Nieves, llorosa aún, vino a besarlo, José retiró la cara con desvío.

## II

Con el andar del tiempo, la encendida pasión que le cegaba vínose adormeciendo en el pecho de José, como agua que se sosiega pasada ya la rumorosa catarata. Ogaño las horas del vivir conyugal adelantaban monótonas, y las ilusiones de otrora apenas si alentaban ya, cada vez más enredadas en la maraña de las pequeñas disensiones cotidianas. El hermoso cuerpo de Nieves que, cuando intocado y desconocido, enconaba el deseo de José, después de poseído le incitaba menos que el de cualquier vedada mocita del poblacho. Nieves, a su turno, estrujada con pasión, maltratada casi en deleitosos transportes de amor cuando era la primicia largamente esperada, hoy veía con desabrimiento y hasta con asco los desgarrados mimos habituales.

En el reposo vespertino, José acostumbraba sentarse a la puerta de su casa, perdida la mirada en la vastedad del llano, donde árboles y animales apenas eran como natas de sombra entre la sombra. Millares de estrellas parpadeantes invitaban su mente a memorar los años ya vividos o a divagar al són de melancólicas tonadas aprendidas en el tibio vallecico guatecano, tonadas ásperas y quejumbrosas con que los indios acompasan el andar en los caminos reales.

Y el hondo déjo de su voz, empañada de nostalgia, iba hasta el sendero que ciñe la colina, para morir ahogado en el rumor del arroyo.

Allí solía esperar hasta que un sordo rumor, semejante al que hace el viento rutando en la arboleda, anunciaba el tren nocturno. Era al principio un leve vibrar de la tierra, y a la vera de la zona un gemir de los hilos del telégrafo. Repentinamente surgía la locomotora, tronante, destrenzando en la oscuridad su airón de chispas, tendida sobre las paralelas la luz de los faros, cual si fuesen conos de niebla. Y ante el rancho que temblaba se veía pasar el tren, partido en dos por la línea de luz de las ventanas y con orillo de oro en lo alto, donde quedan los respiraderos de los carros.

Tobo acostábase rendido por la faena campesina, para levantarse otra vez con el alba a recomenzar trabajo. Su síno era el de todos los desheredados: bregar sin holganza, hasta que los arrojen otros desheredados en la fosa común, porque los amos no les tienden la mano para ayudarles a subir, medrosos de perder autoridad. José no acertó a explicarse en virtud de qué ley nacen los unos entre sedas, al paso que los otros vienen al mundo en riña con la miseria. ¿Fue Dios quien dispuso así las cosas, o son los hombres, desdeñosos de la equidad, quienes arreglan el mundo, guiados por el egoísmo y sordos a Cristo?

Lo mejor era cerrar los ojos y seguir viviendo. Con pensar nada habría de arreglarse. Al fin y a la postre, cada existencia es un leve soplo de viento que se pierde en el infinito. Como José, hubo mu-

chos Tobos que ya no son sino un puñado de polvo, tan igual a los Rojas de otro tiempo, como una gota de agua a otra. ¿Quién podría decir si el Tobo de ahora no pisaba la tierra que antes fuera carne y osamenta de un don Pedro soberbio y lascivo que vivió hace mil años?

Para José, el despertar de su hija cuya inteligencia se iba abriendo como nublado al sol, pasó casi inadvertido. El se marchaba a trabajar antes que amaneciese, y cuando regresaba al rancho ya la pequeña estaba dormida otra vez. No así para Nieves, que en el dulce abrotonar de aquella vida, veía reproducida su propia infancia sencilla. La primera sonrisa, el quedarse mirando largamente la luz, cada diminuta manifestación de conciencia en la hija, cautivaban la atención de la madre. Como en los días ya lejanos de la adolescencia, en que iba al pozo a lavar mientras sus sueños bogaban con la espuma, Nieves tornaba ahora al mismo oficio, llevando consigo a la pequeña. Del otro no había de preocuparse: inhábil para moverse, además de darle alimentos lo único necesario era cambiarlo de postura dos o tres veces al día, para que sus carnes no se llagasen.

Junto al pozo la madre dejaba el cajón con ruedas donde iba Antonia. La pequeña se entretenía en hacer sonar calabacines secos, colgados en sarta al alcance de su mano. Y la madrecita se ponía a cantar entre dientes canciones que, al par que adormecían a la niña, iban despertando de su modorra los sueños que Nieves abrigaba a hurto en la mente.

Fue en uno de esos claros mediodías en que ella cantaba mirando alelada los círculos que trazaban

los escribanos en el cristal donde se refleja temblante la sombra de los árboles, cuando se encontró con Teófilo. Habíanse enredado en animada charla, mientras en el aire zumbaba un moscardón y las hojas secas iban dando vueltas en el remolino. Teófilo le contó que venía "por casualidad" para mirar un retazo de tierra que le ofrecieron. Y como viese que sus gracejos "calaban" a la mocita, olvidó, también por casualidad, una mano en el regazo de ésta. Nieves pensó en esquivarse. Pero reflexionando convino consigo misma en que era más cuerdo disimular su disgusto. Ambos guardaron silencio. Teófilo se arriesgó a sobarle el brazo, y ella tuvo un escalofrío de temor, pero un temor deleitoso. Quiso retirarse, y entonces el hombre la retuvo.

—No seas esquivia, boba, que aquí nadie nos ve.

Las palabras musitadas en tono incitante, la soledad, la hora caliginosa y un hervir inusitado de su sangre, retenían a Nieves allí. Bien es cierto que también le retozaba la tentación de abandonarse al antioqueño, en venganza de la frialdad y despego de su marido. Pero, ¿y si de ahí salía una muenda? ¿Si el otro no sabía callar y José llegaba a enterarse? . . . El miedo al castigo, que no al pecado, la sostuvo. Mas de súbito, Teófilo, como en otro tiempo don Pedro, rodeó su talle, la besó en la boca; Nieves cerraba ya los ojos, rendida, enajenada, cuando Antonia rompió a llorar. Entonces, zafándose de los brazos que la ceñían y recogiendo pequeña y bártulos, enderezó hacia su casa.

Aquella escena mantuvo preocupada a Nieves varios días. De una parte, en el fondo de su conciencia reconocía haber obrado mal, aunque sin medir la magnitud de la culpa; y de otra, como era joven y estaba condenada a vivir con un hombre que ya no la quería, su instinto iba despertando. Un incidente, empero, la decidió por fin en favor de Teófilo.

Una tarde, mientras José comía, la pequeña Antonia comenzó a llorar.

—Andá a ver qué tiene la criatura—dijo Tobo.

—Mañas que ha cogido.

—¿Qué sabés?

Cada rato es lo mismo. Unas palmadas son lo que le falta.

—¡Te aguantaba yo que la tocaras!

—¿No es mi hija, pues?

—Si es pa pegarle, nó. Ahí tenés otro a quien podés curtirle sin que naide te discuta.

—¿Y qué mal está haciendo el infeliz?

Antonia seguía llorando. Nieves se acercó a la cama, amenazándola:

¡Calláte, so mugrosa! ¡Hori verás lo que te pasa!

Tobo también se levantó:

—¡Tocála por gusto!

—¿Qué?

—Que quien manda, manda; y acabadas son cuentas. Ya dije que delante de mí no te lo aguento.

—Pos mirá, para que sepás que a yo no me gritan, replicó ella, levantando a la pequeña de los pies y aplicándole dos palmadas.

José no dijo nada. Esperó a que Nieves dejase a la niña en su puesto, quitóse la correa con que se sujetaba los pantalones, y asiendo a su mujer por los cabellos, comenzó a azotarla.

¿Qué demonio se le metió en la cabeza? Alguno muy cruel, sin duda, pues a medida que pegaba, la ira, en vez de saciarse, iba creciendo en su pecho. Enardecido por los ayes de Nieves y por la sangre que principió a fluír de los brazos y los pechos desnudados a látigo, redoblaba la tunda sin misericordia, cuando ella, vencida de dolor, se arrodillaba, en demanda de clemencia. Al fin la abandonó medio muerta.

Y como el monstruo llorase en su camastro, José hubo de cerrarle la boca a bofetadas; y dejándolo con su mujer y Antonia en un solo lloro, salió del rancho, harto de la vida, y fue a parar a la taberna, donde le quitaron todo el jornal de la semana.

Ocho días después, a la orilla del pozo, Nieves conoció el amor vedado.

### III

Había llegado del arroyo con la cesta de ropas limpias sobre la cabeza y un remordimiento en la conciencia. Al principio, Teófilo juró estar perdidamente enamorado de ella y le propuso que huyeran ambos del pueblo a donde pudiesen vivir tranquilos. Después . . . venía unas veces y otras nó. Y por último, a ésta sazón, hubo lloriqueos de la mujer, palabrotas del antioqueño y hasta una bofetada para largarse, afirmando que si no lo dejaba en paz iría a poner en autos a José. Nieves, pues, regresaba a su casa llena de congoja, humillada y todavía encendido el rostro al golpe de la zafia mano. Además, sea porque el buen éxito de la sementera le hubiese compuesto el genio, o bien porque el antiguo amor no del todo extinto revivía con el desdén que ella no se cuidaba de ocultarle, José parecía querer reconquistarla. Y Nieves, que un mes antes hubiera aprovechado la coyuntura para rehacer su vida, tropezaba ahora con reatos de conciencia. Verdad es que a los besos del marido correspondía con besos; mas algo o alguien le decía al oído: con esos mismos labios has besado a otro. Y ¡cuán distinto hubiera sido estar libre de esa voz interior que la mortificaba de continuo!

Sin más luces que las adquiridas cuando niña en la doctrina, pero asesorada por un instintivo sentimiento de la fidelidad, se le alcanzaba su pecado, llamábase torpe, lloraba ofendida por el burdo antioqueño, y al pensar en el futuro ya no le era dable aquietar en su espíritu la estela de la falta. Aunque José tornase a quererla con locura y en ella también alentara otra vez briosamente el cariño al esposo, y aquellos malos días no se repitieran nunca, la voz desconocida se alzaría siempre, como única y permanente realidad de una pesadilla. Ya no era posible ser de nuevo, toda, toda, de José, como antes. Un secreto repliegue habría en su alma, a donde jamás penetraría el marido. Y ese repliegue estaba colmado a perpetuidad con el recuerdo de quien la gozó por mero esparcimiento, para humillarla a la postre, hastiado de sus ardores.

Duro síno el de las pobres estancieras, inconscientes para defenderse, torpes para estimarse y débiles para sufrir; todas ellas sacian la lujuria de los años, apagan el instinto del marido y soportan la brutalidad del amante: las tres escalas dolorosas del amor. Van con los ojos vendados desde un despertar de hambre hasta un morir de fatiga. Para ellas el mundo es un llano nublado, donde cualquier horizonte es igual.

Azuleaba en el aire el humo sosegado del rancho. Así, leve y serena como el humo tuvo ella el alma cuando aún no había caído. Pero un viento de pasión destrenzó el manso penacho de antaño, y ahora ¿quién le daría la dulcedumbre y quietudes de sus años mozos?

Llegando a la casa advirtió en el patio a un chiquillo de su compadre Manuel que estaba esperándola. En su actitud apocada Nieves adivinó malas nuevas.

—¿Pa qué me querés? Soltá la lengua pronto, que estás descolorido.

—Es que le manda a decir mi taita que se vaya enestico mesmo pa onde el compadre Higinio.

—¿Le ha pasao algo malo a mi padre?

—A yo me dijeron que no dijera.

—¿Cómo! ¿Entonces sí es cierto?

El chico guardó silencio. Con los desnudos dedos del pie hacía trazos en la arena. Bajo la mugrosa y rota *corrosca* se destacaban las pecas de su rostro, encarnado y blanco por turnos, según se resolviese a hablar o se arrepentía de ello. Más de un minuto estuvo vacilante, tiempo que bastó a Nieves para formular toda clase de conjeturas y traer a la memoria la vida toda de su padre, desde cuando ella pudo discernir. Gestos, ademanes, palabras, cruzaron en aquel instante de evocación cual los árboles que se suceden borrosos a la mirada de quien viaja en tren. El chicuelo desplegó al cabo los labios temblorosos:

—Fue que la yegua mora... mató al compadre Higinio.

Nieves cayó en muelle deleite y cerró los ojos, abandonándose al desmayo. Al abrirlos de nuevo, tenía mojado el rostro; el chiquillo, arrodillado junto a ella, intentaba hacerla beber un jarro de agua. Como vaho que se borra sobre el cristal empañado, de sus ojos huía la nube blanquecina de la

incomprensión. De pronto exhaló un grito, irguióse agujoneada por la zozobra que le oprimía el pecho, se lanzó en carrera hacia la casa paterna.

El señor Higinio había salido esa mañana, como de costumbre, a dar una vuelta por los potreros de la hacienda. Iba jinete en mansa jaca y le acompañaba su compadre Manuel. Llegando al camino, Manuel lo invitó a que subiesen al cerro, para ver de negociar en la cantera algunas piedras que había menester. Treparon, pues, haciendo altos a fin de que las bestias tomasen respiro. El llano se extendía delante, sin límites, bordado de arboledas, y partido a espacios por listas y medias lunas de luz allí donde el río se divisaba. La vía penetra al corazón de las cañadas, se esconde bajo palio de helechos y malezas, atraviesa los arroyos, o ciñe el flanco de las peñas como araño en la inmensa mole de pizarra. Es uno de esos caminos viejos, donde siempre hay húmedas umbrías y anchas losas inclinadas. En los espacios más pendientes serpean escalones de piedras que, al vencer el repecho, se resuelven en rectas llenas de baches simétricos, a modo de celdillas de panal. Se diría que en cada curva acecha el misterio, y de noche es medroso y resonante, como las cavernas que a su vera se ahondan.

Fue la Muerte. Ella fue, sin duda, quien desprendió del cerro un vacilante bloque de greda, cuando la yegua del señor Higinio pisaba en él. Al rodar, la tierra se deshizo en densa nube, entre crujir de raíces y palos. Cabalgadura y jinete daban tumbos en que la osamenta de una y otro iba quedando macerada. Por último, cayeron sobre blanda tra-

bazón de ramas y de allí otra vez al camino. Una ráfaga aventó la polvareda, cesaron los crujidos de la maraña, y el monte recobró su silencio. Manuel levantó al viejo, desarticulado como un pelele, sangrante la boca y nublado de agonía el mirar.

Nieves halló a su padre tendido en el lecho, junto al cual la abuela Crisanta farfullaba ayes. Manuel, Fermín, mujerucas de las estancias, todos habían acudido. José, hosco y silencioso, estaba cruzado de brazos, bajo la imagen de Jesús que presidía la estancia mortuoria. Al adivinar, más que ver, en la penumbra al marido ignorante y al Señor para quien no hay secretos, cuyos brazos parecían tenderse al moribundo, Nieves tuvo temor de que su pecado le asomase a la cara y vaciló antes de entrar.

Permaneció, pues, en el umbral, y a sus ojos, ciegos aún, como que venían del sol, tan sólo se hacían patentes los objetos claros o los rostros que en la sombra semejaban manchas amarillas. A sus oídos llegaron voces compasivas. Avanzó por fin algunos pasos, pero algo inexplicable la detuvo: era que había visto los pies de su padre, que se alzaban sobre el lecho, desmesurados y trágicos, juntos ya como para el reposo definitivo. ¡Y parecían detenerla, para que no llegase con su pecado a cuestras hasta el lecho donde el anciano comparecía ya a la presencia de su Dios!

El mayordomo tenía vidriados los ojos y las manos descansaban enlazadas sobre el pecho. El cura rezaba en voz baja. Todos guardaron silencio, sobrecogidos, cual si el de las palabras absolutorias fuese el propio rumor de las alas de la Muerte. Ma-

nuel encendió una cera. Una mujer esparcía con claveles el agua bendita, para ahuyentar a los demonios.

Higinio apenas se daba cuenta de que se moría. Vagamente recordó que ya no tenía el cigarro en la mano. Las palabras del cura, que no entendía, se le entraban hasta el cerebro cual redobles de tambor. Quiso hablar, pero en la rebelde garganta dormida no nacía ya ningún sonido. Sintió sueño. Y de súbito abrió los ojos sin medida; una catarata le reventaba en la cabeza: era un rumor de torrente que iba creciendo, creciendo, hasta apagar todo otro rumor, toda sensación y toda luz. Un aluvión que se llevaba todo, todo, y a él mismo también. Los que estaban allí se arrodillaron. Higinio sintió que el ruido aquél se apagaba y cada fracción de segundo lo sentía más lejano... más... le... ja... no..., más... le...

## IV

Larga y medrosa noche la de ese día. Dentro, los cuatro cirios mortuorios cuyas llamas se estiraban temblorosas y azuladas al chiflón que entraba por la puerta, agigantaban en el muro la sombra de una mano o el perfil de un rostro. Y en medio el señor Higinio, sujeta la mandíbula con un pañuelo negro, enseñaba bajo los mal cerrados párpados los ojos, donde la muerte cuajó dos grumos opacos.

Fuera lloraba el filtro, como siempre; pero en aquella ocasión se diría que cada gota caída era un minuto desprendido sobre la eternidad. A veces ululante vendaval solevantaba las hojas secas para lanzarlas en el seno de la noche, donde se perdían en sonantes torbellinos, y despeinaba en luengos flecos las copas de los sauces. Aullaba *Canelo* a la triste media luna, que apenas era una uña de cobre. Fúnebre y bronca, mugía lejos la torada.

Velando el cadáver hallábanse la señora Crisanta, el compadre Manuel, arrecido de frío bajo el bayetón, y Nieves y José. Las oraciones musitadas parecían escurrir de los labios de la abuela, a compás del lloro que manaban sus párpados. Entre los dedos iba pasando las cuentas de un rosario antiguo, de

esos que hacen con maderas de Jerusalén y tienen en mitad de la cruz una lente y una estampa. Manuel seguía con ojos estúpidos el deambular de una mosca sobre la frente del muerto. Higinio y él se habían criado juntos, y juntos vivieron casi siempre. Con el mayordomo cayó en la fosa el último de sus amigos de juventud; ya no le ligaban al mundo sino afectos nuevos; de lo que tenía viejas raíces en su espíritu no le quedaba nada. ¡Pobre Higinio!—se decía—. La vida empuja: después de ti me tocará por fin el turno.

Roncaba José, ovillado en su silla, encogida una pierna, estirada y oblicua la otra, que le sostenía. Y Nieves, pasado el primer estupor de sorpresa, la primera racha de angustia, se había sentado junto a su marido, y cual si quisiese agazaparse contra él, le reclinó en el hombro la cabeza. Las horas se arrastraban con lentitud amodorrante.

Cuando hubo mediado la mañana, vinieron gentes del pueblo por el difunto. Tomáronlo en hombros cuatro mozos, e hicieron cortejo los demás llevando algunos ramos de flores humildes y la corona con cinta, que don Pedro envió de la ciudad. Iban delante los ciriales y la cruz, que tenía vestida la parte alta con una faldilla negra, galoneada de plata. El cura dijo varios responsos y las mujeres rezaron el rosario. Serpeaba el séquito sendero arriba, con rumor de conversaciones y chirridos del féretro y las andas. A zaga iban quedando nubecillas de polvo y olor de multitud. Con el sol de la mañana la capa pluvial y el bonete del párroco daban visos verdes.

En los ojos de todos los campesinos, dilatados por el temor y la superstición, se traslucía la pena. El señor Higinio había sido benévolo y compasivo, y cada uno le debió mercedes. Bajo su cuerpo zafio se ocultaba un alma limpia, recta y sencilla, tal como entre los cañutos de la guadua se esconde el agua fresca.

Graves y melancólicos dobles acogieron la comitiva y en el penumbroso recinto de la iglesuca resonó el rastrillar de los pasos. Gimió el armonio, tremolaron los gallardetes negros y hubo un largo parpadeo de cirios, al abrirse rechinantes las grandes puertas del cancel.

Alzábase la voz cascada del señor cura, dormitaban los viejos en las bancas que forman el callejón central, venía en ondas azules el incienso y cimbraba en el oscuro vano del coro, como si fuese un bejuco brillante, el lazo de la campana.

Después llevaron el féretro al cementerio del pueblo: un espacio encerrado entre paredes blancas, con sombrío de pinos donde se arrullan los gorriones, y cruces negras a medio caer. Pastaba sobre los cuadros de grama un asno viejo que huyó al arribo de la muchedumbre.

Así que terminó el sepelio, los amigos de Tobo le invitaron, como es costumbre, a la taberna. En ella pasó el mozo gran parte del día, sin que las frecuentes libaciones fuesen bastantes a hacerlo olvidar su pena. Sin embargo, aunque no ebrio del todo, ante sus ojos y sus oídos alternaban grotescamente confundidos los alegres amigos y la muñeca extática del cadáver; el pañuelo de vivos colores que

ceñía a uno la garganta, y los paños fúnebres que aún creía ver ante su vista; la risotada de la maritornes y el eco de los dobles. Y semejante mezcolanza macabra de la vida y la muerte, de lo que veía y lo que recordaba, de sus sensaciones y la ajena indiferencia, acabó por producirle ansias, y todo tambaleante se fue de allí. El aire fresco de la calle disipó de su cabeza los humos que la llenaban, y como ya adelantase la tarde, y el trecho que hay del pueblo a "La Noruega" es harto mediano, determinó regresar al rancho del señor Higinio, en busca de su mujer.

Pero ella ya no estaba allí. Puesto el candado tenía la puerta, y entre las dos hojas quedaba un vano por donde el viento entraba gemebundo. Tan sólo *Canelo*, indiferente, dormitaba en el corredor, cerca del filtro.

¡Qué horrible sensación de abandono le colmó! Los *zamarros* del muerto pendían de la columna; la silla de vaqueta, en que solía sentarse a fumar, de sobretarde, estaba todavía reclinada contra la pared, ligeramente sumida en el asiento, cual si su dueño acabase de dejarla; por los suelos, los grandes zuecos que el mayordomo se calzaba en épocas de lluvia. Todo, todo igual, menos el pobre viejo, que no era ya sino guiñapo frío bajo la tierra.

Una furiosa racha sacudió los árboles y derribó de la cerca de piedras que da al huerto un tiesto florecido de geranios. Al ruido se levantó el perro, y vino a Tobo, encogido y cariñoso. Estiraba el cuello a las caricias, y en lo hondo de sus pupilas

creyó adivinar José la misma tristeza que a él le empañaba el alma.

Pensó en su mujer. No le tenía lástima. Como fuego en el rescoldo, su cariño alentaba menos cada hora. Días hubo en que quiso ganarla otra vez para sí, pero halló en ella reservas que le fastidiaban, esquivances que lo hicieron pensar absurdos; llegó hasta imaginar que Nieves quería a alguno. Pero nó. El lo hubiera sabido. Una querencia furtiva no se puede mantener en recato. Celos, sí, celos sintió de ese desconocido amante de su mujer. ¡A lo que lleva el cavilar sobre tonterías!

Pero entonces, ¿cuál la causa del despego que ella le mostraba, que él también sentía? ¡Torpe! Pues no era otra sino ese monstruoso hijo del patrón. La convivencia forzosa con tan horrible sér tuvo que influir en los ánimos. ¿Por qué no habría muerto el repulsivo nieto en lugar del abuelo? Dios sabe lo que hace, sí; pero ¿no se equivocó esta vez? Ese miserable fruto de un capricho le robaba el amor de Nieves, al modo de una esponja que hubiese secado en ella la piedad y la ternura. ¡Si él—José—pudiese segar la planta extraña en su jardín! Si una noche se acercase al camastro del estorbo y echándole encima del rostro las ropas del lecho apagase esa vida como se apaga una llama... Y ¿de qué le valía existir al desgraciado? Ciego, sordo, presa de espantables convulsiones, ¿a qué llenar en el hogar ajeno un hueco tan de mala gana concedido? Empero, acaso el contrahecho no tuviese culpa... ¡nó! ¡El culpable, el verdadero intruso, había sido el patrón! ¡El patrón...! ¡Já, já, já!...

Y se pasó la mano por los ojos, creyendo tenerlo en ese instante frente a él. Pero nó: era una alucinación. ¡Qué mal hizo en beber tanto! El viento continuaba soplando. Remotos fucilazos desgarraron el horizonte y gruesas gotas vinieron en sesgo hasta los muros. Un hálito de horror parecía flotar en torno a la casa. A cada embate del vendaval se erizaba el pajizo techo sin humo. José tuvo miedo. Retumbó en los montes el eco de un trueno formidable, y copioso aguacero vino a empapar las frondas y llenó de agua ocre los espacios desnudos, entre los surcos de la huerta. *Canelo*, sentado en las patas traseras, junto a *Tobo*, tiritaba de frío, e iba de vez en cuando a rasguñar entre quejidos la puerta.

Terminada la lluvia, calzóse el mozo los zapatos del abuelo, y llamando consigo al perro se alejó de la casa cerrada, que se le antojaba no ser ya sino una tumba de recuerdos.

V

Hallábase la taberna situada en una esquina de la plaza mayor, que hasta dos tenía el pueblo. En la grande se alzaba, contigua al templo, la casa cural, que ocupaba todo un costado del rectángulo. Cultivaba allí el cura algunas cañas de maíz, con habas y arvejas en el entresurco, y mantenía en los escampos el asno de cargar agua, una vaca, la derrenzada cuatropea que le llevaba a confesiones, y una novilla, regalo del señor don Pedrito para la obra de la iglesia, y rifada ya en varios bazares. La pila central, de tazones superpuestos y máscaras de faunos, fue donación de un soldado conquistador, cuyos huesos se enterraron bajo las gradas del altar principal, en la llamada capilla vieja. Llamada, sí, que de tal no tenía ya sino el nombre. Como que de ella tan sólo subsistían, en la plazoleta antigua y a un centenar de brazas de la plaza nueva, altos pilares de mampostería vestidos de yedra, descasados lienzos de pared maltrechos y tambaleantes, y allá, sobre la espadaña que corona el portalón de grandes clavos, una campana sin badajo, espanto de la gente menuda, pues al decir de las abuelas, tañíala San Antonio Abad cuando iba a morir uno de sus devo-

tos. Manos piadosas pusieron al abrigo del arco un cuadro de ánimas con alcancía para limosnas. Y nadie, por muchos hígados que tuviese, se aventuraba por entre las ruinas hacia la media noche, cuando el fundador de la parroquia abandona el sepulcro en demanda de misas para su ánima, calado el yelmo sobre el cráneo y temblando bajo la coraza su desavenida osamenta.

Pero volvamos a la taberna de la plaza mayor, causa de los desvelos abaciales y lonja donde ajustes y destrates se efectuaban entre una mano de anís y una ronda de naípe. Mostrador adentro, lo primero que a la vista hay es un estante mugroso, donde hermanan blancas carretas de hilo con roscones morenos, henchidos de jalea bajo el hojaldre espolvoreado de azúcar; velas de sebo y estampas que anuncian algún específico sanalotodo; chorizos y arrumes de alpargatas; botellas que sirven de adorno, llenas de agua de color, y pegajosas cintas para cazar moscas. Y con tal estante por fondo, una ventera desgñada y sudorosa, de vientre abultado bajo la cubuya que sujeta la falda, brazos al descubierto y escapulario del Carmen, cuando se inclina, en la bifurcación de los senos.

Más allá de esa especie de cueva queda la trastienda, dividida en tres cuerpos por cimbreantes tabiques de tablas cubiertas con papel, todos de poca alzada. Aquí está el comedor, y quien lo dude atisbe los cuadros de los muros: un pez dorado, entre la botella de vino y una naranja; contiguo, un cazador de gorra peluda, carriel terciado y botas altas, que dispara sobre larga fila de patos, y tiene junto

su lebrel; y Romeo y Julieta, a quienes las moscas dejaron pecosos, se despiden en la ventana, un tanto inclinados para que se vea la luna.

Allende el comedor está el billar, cuya atmósfera de humo de tabaco vela los descostrados muros; y más adentro, adornado el recinto con páginas de revistas ilustradas, la mesa redonda donde los patrones se reúnen de tarde. Menguada ventana, a través de la cual se mira un brevo, da luz al recinto; del techo pende una lámpara con dos globos opacos, y por los suelos llenos de colillas yace un Rey de Copas.

Antro donde incuban la venganza y el odio, nido de la calumnia y la difamación, que medran allí, entre vahos de alcohol, la taberna nunca atrajo antes a Tobo. Mas ahora que los negocios de "La Noruega" le obligaron a buscar el trato de señoritos, veíase impelido a entrar en ella, como que tal sitio es el paradero tradicional de éstos, cuando han necesidad de ir al pueblo.

Y bien que le vino a José el pretexto, pues visto estaba que de tiempo acá le iba gustando catar vinillos y solazarse en tan honrosa compañía; que a honra, y mucha, tuvo el echar algunos párrafos con don Serafín y don Santiago, y con ese simpático truhán a quien apodan el "Chato Huertas", ases los tres en materias de campos, los tres ricos en tierras y en divertidas anécdotas, y a la sazón los tres también sentados en torno de una mesa, baraja en mano, copa al frente y cigarro en boca.

Iba don Serafín por los cuarenta, y en ingenio y en gracia le sobraba lo que tenía de menos en

estatura y cabellos. Hombre docto, e irónico por naturaleza, supo mirar la humanidad a través de su temperamento; hecho a la brega sin descanso, nacido de ilustre cepa y condenado por una de esas contradicciones de la vida a permanecer en el campo que, aunque amado por él, se avenía muy a medias con su refinado espíritu, había concluido por echarse auestas los juveniles sueños de gloria y apechar con el arado que su destino le deparó. Pero esta misma resignación y su talento le sirvieron para construir su propia filosofía, original y festiva.

Dicho está que José lo había topado con una copa al frente, y dicho está bien; sólo que, en guarda de la verdad, es de advertir que en la mencionada copa nunca hubo sino agua diáfana, o cuando más un poco turbia de azúcar y acidulada con limón. Y si don Serafín frecuentaba la taberna, ello era consecuencia natural de la imposibilidad de hablar en otra parte con quienes le vendían o le compraban ganado y bestias. Gustábale, además, estudiar los tipos campesinos que allí acuden, y en ratos vagos pergeñaba bocetos de los tales.

La segunda persona de aquella trinidad, o sea don Santiaguillo, le iba muy cerca a don Serafín respectivamente a la edad. Pero si el último medía sus palabras y fincaba su gracia en la novedad de los conceptos, el don Santiago era dueño de un vocabulario asaz chabacano; esto no quiere decir que fuese un zafio ni mucho menos; don Santiago gustaba hacer ostentación de hombría en todo, hasta en el lenguaje; pero bien que podía hacerlo porque en verdad era un hombre cabal. Nadie como él

domaba briosos o derribaba cornudos; nadie como él para trabajar días y noches, cuando el río hinche sus aguas y se expande amenazante sobre las indefensas sementeras. Y nadie, en fin, puede medirse con él en generosidad con los amigos, en fuerza de jayán, en amenidad de narrador, en habilidades de tiro. Porque don Santiago no tiene sino dos pasiones: el trabajo y la caza. Y con el mismo buen humor se le topa de madrugada, escopeta al hombro, o se le ve, sudoroso y contento, regresar a la casa de su hacienda, después de muchas horas de trabajo, entrada ya la noche.

En contraste con estos dos hombres, ejemplares del sabanero acaudalado, el famoso "Chato" cifraba en sí todos los defectos de otra variedad de la clase. Heredero de una gran fortuna, que cada día iba sufriendo mutilaciones al dado y al naípe, le gustaban el vino, la parranda y las mujeres. Para cantar y tocar tiple, no había otro igual. Sus conocimientos en razas caninas y en caballos iban muy más allá de lo común. Aficionado a los deportes, cuantos nombres sobresaliesen en cualquiera de ellos, eran santos de su calendario. Y si bien es cierto que de los siete días de la semana pasaba seis en la ciudad, también lo es que no desperdiciaba su tiempo en ella, pues apenas le alcanzaban las horas para averiguar y comentar pecadillos ajenos y para acabar de perder su herencia. Mas estos defectos, si de tales pueden calificarse, desaparecían junto a sus muchas cualidades: ¡qué modo de vestir! ¡qué compás para bailar! ¡qué suerte en conquistas!, si hemos de dar crédito a su lengua, harto suelta, eso sí. En fin: el "Chato"

Huertas era lo que suele llamarse un completo caballero.

Perdone el lector la digresión, y volvamos a José Tobo, quien en llegando a la taberna y en viendo a los señores en torno de la mesa, a ellos se dirigió.

—A ver, José—díjole don Serafín—: ¿En qué quedamos sobre las novillas de vientre?

—Me escribe don Pedro que a menos de treinta no las suelta—replicó el mozo.

—Mirá que ya van estando jechas, don Zoquete—intervino Santiaguillo.

José sonrió, y a una seña de don Serafín sentóse tímido en el borde de una silla que cercana a la mesa estaba. La conversación rodó sobre el verano, los feúcos que se ponen en invierno los caminos y el precio de la semilla de papa. Tobo rasguñaba el filo de la mesa durante los silencios. En la casa vecina, una voz de mujer, desentonada y áspera, cantó por largo espacio la misma canción. El ambiente pesado, el calor de la hora, la falta de interés en el diálogo y esa monotonía que tiene el ir y venir de las cartas para quien no está jugando, sumieron a José en leve modorra, precursora del sueño. Mas de súbito abrió los entrecerrados ojos, al golpe de una palmada que el "Chato" dio sobre la mesa:

—Les digo que sí. Lo supe esta mañana misma—vociferaba Huertas.

—Pero, ¿y cómo fue?—inquirió don Santiaguillo.

—Pues parece que el tipo había conquistado a la muchacha—continuó el "Chato" Huertas—Y después que la obtuvo, la dejó abandonada. Anterior

supo ella que su hombre se casaba con otra, y sin más compró un revólver y le propinó cuatro balazos.

—¡Caray! ¡Qué fiera!—dijo don Santiaguillo.

—Me gusta, me gusta—declaró don Serafín, mirando sus cartas por debajo de los anteojos,—que los tenorios se vayan convenciendo de que no se puede burlar sin castigo una señorita. Es un bonito caso el de una mujer que se hace justicia por sí misma, cuando no tiene padre, hermanos o marido que la hagan respetar.

Una oleada de rubor tiñó el rostro de José, sin que él mismo acertara a explicarse la causa. Pero ello es que sacó el pañuelo y duró sonándose mientras le volvía el color natural.

—Teorías—replicó el “Chato”.—Las mujeres no necesitan que se las respete. Es más: les ofende que no las miremos con deseo. Lo que hay es que ellas toman el amor a lo trágico, y quieren que nos pasemos la vida consagrados a una sola.

Don Serafín miró a su interlocutor, entre sorprendido y severo, esta vez inclinando la barbilla sobre el pecho para echar la vista por encima de los quevedos, y dijo:

—Eso... podría pensarse si el hombre y la mujer se hallaran en igualdad de condiciones. Si un tenorio de ciudad seduce y rinde a una mujer que ocupa su misma posición, que tiene educación suficiente y tal vez más talento,—porque tengo observado que los tenorios de profesión suelen ser asnos completos,—él no tendrá sino media culpa, pues la otra mitad corre a costas de la mujer, por su falta

de temor a Dios. Pero otro cuento es cuando escogen para saciar sus caprichos de bellacos ingenuas empleadillas de comercio, costureras...

—O campesinas—intervino don Santiaguillo.

—En el campo—dijo José—se ven muchas de esas cosas.

—¡Oh, oh, dígamelo a mí!—repuso don Serafín en tono enérgico.—Eso ya pasa a ser crimen. Todos sabemos lo que significa para una campesina el amo. Ahí entra ya el abuso de autoridad.

Tobo abrió los oídos cuanto pudo. La conversación tomaba un giro interesante para él.

—Una campesina—replicó el “Chato”—no tiene nada que perder.

—¡Nada? ¡Caramba!—dijo ya un tanto exaltado don Serafín.—Otra cosa es que el padre o el marido no tomen nunca venganza, porque tienen miedo; pero yo les garantizo a ustedes que esos hombres, al parecer indiferentes ante los atropellos de que les hacen víctimas los señores, sienten el mismo dolor que todos los padres, que todos los maridos civilizados; y si no matan al que los deshonra, es porque saben que las leyes se han hecho contra ellos; mas no porque no sientan la herida. ¡Si hasta entre los animales el macho defiende a su hembra!

—¡Qué van a entender estos indios de honor! Usted divaga, mi querido don Serafín.

No se habló más, porque había llegado la hora en que comienzan las riñas de gallos y el “Chato” dijo tener apostado mucho dinero al *canaguay* de don Tiburcio. Levantáronse todos, estirando los brazos entre bostezos.

Sólo José no bostezaba.

## VI

¡El honor! Hé aquí la palabra que sacudía todos los nervios del joven mayordomo, la idea fija que le torturaba de continuo. Enantes, jamás se había detenido a medir el significado de aquella voz, que para él no representaba ninguna idea concreta.

En el cuartel le hablaban del honor y José soñaba en morir combatiendo al enemigo, con la bandera de la patria abrazada contra su corazón. Pero nunca pensó en que existiese honor ninguno sin clangor de cornetas y humo de batalla. Y ahora entreveía en el fondo de su conciencia un aspecto desconocido, una noción nueva, una idea recién nacida tras esas palabras: el honor. Sentíase lastimado, cual si descubriese en sí mismo llagas no sabidas. Ansiaba penetrar el sentido cabal de los comentarios que oyerá expresar a los amos en la taberna. Y de día, de noche, a todas horas, aunque tuviese ocupada la mente en distintos pensamientos, volvía la obsesión de súbito, y erizaba en su espíritu dudas y confianzas, como brisa que encrespa las dormidas aguas de un estanque.

Cuando él se casó, bien supo que don Pedro había violado a Nieves, y como un testimonio de

aquella violación estaba el monstruo, recuerdo vivo, acicate del odio que comenzaba a germinarle alma adentro. Sin embargo, entonces no se detuvo a pensar que aquello pudiese dañarlo a él. Mas si hubiera sido un gañán de su laya, en vez del patrón, quien poseyó a su mujer, ¿se habría casado con ella tan despreocupada y ciegamente? Al formularse tal pregunta, trasladaba las cosas a otro tiempo para mejor discernir: si Teófilo, por ejemplo, viniese ahora a adueñarse de Nieves, y él, José, se enterara de ello, ¿qué sentiría? ¿Indiferencia, ira, dolor? ¡Ah, de seguro su sangre acudiría al rostro! ¡Si sus labios estaban lívidos y las sienes le palpitaban con fuerza de pensarlo nada más! Y bien mirado el caso, ¿qué diferencia hay entre un Teófilo y un don Pedro? ¿No son hombres los dos?... Nó... nó. El patrón, al fin y al cabo, es el patrón. Pero, ¿hasta dónde alcanza el derecho de los amos sobre la mujer ajena? También es cierto que en ese tiempo Nieves no le pertenecía a él... no era ajena. ¿Y por qué nó? ¿Acaso los padres no son dueños de sus hijas? ¿El señor Higinio lo había sabido y no lo evitó? El, Tobo, pensaba en su Antonia y la sentía tan suya como la hembra de quien la hubo. ¡Qué horrible tempestad de ideas encontradas! Ahora, por un curioso fenómeno, que varias veces había experimentado ya, revivían en él muertos rencores: tuviese entre sus manos al alcalde miserable que en la aldea nativa le birló la novia de la adolescencia: asiera entre sus brazos nervudos al sargento que un día de dolor para el entonces recluta lo había abofeteado. Pero, por sobre todo otro anhelo sanguina-

rió, primaba en ese instante el ansia rabiosa de triturar a don Pedro Rojas, como quien estruja entre los puños un huevo. ¿Y por qué, por qué? se preguntaba enfurecido consigo mismo, persiguiendo en vano una luz en el caótico mar de sus ideas, enardecido y desesperado como aquél que luchase contra invisible mano poderosa, que en cada acometida le haya de revolcar sin misericordia.

Y don Pedro era un buen amo para él. Le distinguió siempre entre los demás jornaleros de "La Noruega"; le acababa de nombrar mayordomo de ella; le había aumentado el jornal; jamás le hizo ofensa ninguna. ¿De dónde diablos, pues, le vino a cobrar José tal ojeriza? No era lógico pretender que don Pedro ni nadie hubiese adivinado años atrás que un día se iba a casar con Nieves. La culpa era suya, y nada más que suya. Debió haber pensado todas estas galimatías antes del matrimonio. . . Y Nieves también era culpable. ¡Claro que lo era! Si había de amar más adelante, ¿por qué no supo conservarse pura? Y si no pudo defenderse, ¿para qué escuchó sus palabras de amor? Empero, ello es que la mocita lo impuso a tiempo de la sombra que había en su primera juventud, y a él no le importó aquello. ¡Ahora sí; ahora sí le dolía! ¡Santo Dios, qué enredo, qué maraña, qué dolor de cabeza!

Poseído por tan infernales y oscuras disquisiciones, José íbase tornando de silencioso en sombrío, de sombrío en cruel, de cruel en loco. Ora llamaba a Nieves y le prodigaba suaves caricias, ora la rechazaba, cual si le inspirase asco. Evitando entrar en la alcoba donde el monstruo yacía, rondaba de conti-

nuo su puerta. Se le oprimía el corazón de ternura oyendo llorar a su Antonia, o escapaba airado de la casa, porque le producía desesperación el llanto de la niña. Y a los mimos de *Canelo*, correspondió unas veces con halagos y otras con golpes. Tres, cuatro días tornaba a ser el José normal; pero de súbito, en el momento de llevarse la cuchara a la boca, o despertando desasosegado a media noche, el enemigo, la idea fija, la horrible obsesión le asaltaba a mansalva, y otra vez comenzaba el hervir de cucarachas en su cerebro. A lo largo del cuerpo un escalofrío se le iba y otro se le venía, y sudaba copiosamente. Se analizaba a sí mismo, y encontraba toda suerte de cosas inexplicables: rarezas de carácter, prolongadas melancolías, preocupaciones por sucesos insignificantes. Y por sobre toda otra manifestación de sus padecimientos, le torturaba una angustia cruel, cuandoquiera que la idea obsesiva del honor lo asaltaba. Se diría que no era dueño de sus ideas ni de sus pensamientos, sino que unas y otras se las imponían, desde lejos, aquellos hombres que le clavaron en mitad del alma la duda, con la nueva noción de la honra.

¡Qué brutal martirio el suyo! Formulándose siempre ansiosas preguntas y sin atreverse a meditar las respuestas que a borbotones le reventaban en la mente. A fuerza de no dormir, la oscuridad le inspiraba indefinibles temores; y como la mayoría de las noches las pasaba en vela, iba sintiendo aversión refleja hacia su hogar. Llevado de la idea, para hacer rodar la conversación al tema que le martirizaba buscaba el trato frecuente de los amos. Algunos de

ellos le prestaron libros, donde siempre se ensalza el honor. En sus pláticas de hogar mostró empeño en que Nieves le descubriese hasta sus menores sensaciones y pensamientos. Y como la esposa, sospechando en José sangrientas intenciones, esquivase complacerlo, éste la fastidiaba con suposiciones injustas o llegaba hasta pegarle en los accesos de ira que por veces le acometían. La casita que sombrea el fresno vino, pues, a convertirse en un infierno: ya lloraba el monstruo, cruelmente maltratado por José, o ya Antonia, hambreada en abandono. Marido y mujer reñían de continuo, y ambos, el uno con la espeluznante obsesión que le taladraba los sesos, la otra con un remordimiento cada vez más intenso, como que se creía la causa de tantos males, permanecían cabizbajos, hoscos, herméticos, en las garras de su tortura.

José procuraba adormecer en alcohol las sierpes encendidas, que como alambres de fuego y revolviéndose dentro de él, abrasaban los tenebrosos vericuetos de su cerebro. Pero la embriaguez constante, las lecturas mal digeridas de toda suerte de libros, y en especial la de aquéllos donde pretendía hallar una razón para orientar sus dudas, contribuyeron al desquiciamiento de su razón, y ya no podía distinguir a derechas la realidad de lo soñado, lo que había visto y lo que había leído.

Mas de aquel mar revuelto iban surgiendo nociones definidas, del modo que van precisándose los árboles cuando el sol comienza a disipar la niebla. Un hallazgo en su propio corazón le producía espasmos dolorosos, pero a la vez aliviaba su cerebro, menos revuelto cada vez. Un día convino

consigo mismo en que estaba deshonorado, y casi, casi se sintió feliz de haber puesto en claro tan torturante verdad. Otro día, en que con mil rodeos y disfraces narró el caso de Nieves a don Serafín, y solicitó de éste respuestas a las incógnitas que le mordían las entrañas, sintió rodar hasta ellas, como bola de hielo, un nuevo convencimiento: don Pedro Rojas era el culpable de su deshonra.

Y por último, cierta noche, cuando cansado de leer se disponía a cerrar el libro, un libro que le había prestado don Santiaguillo, sintió palpitar el mundo bajo su lecho, creyó que los cielos, sobre su cabeza, se reventaban como parche de tambor a golpe de martillo; contuvo la respiración: narrábase allí un caso semejante al suyo. Y el marido del cuento, del libro que no miente, que sabe, que no tiene, como Tobo, una vorágine de dudas, celos, odios y rabias enroscadas en la medula misma de los huesos, ese marido, ¡mata, mata, mata al violador de su esposa!

## VII

Cuando la muerte pasa junto a nosotros, las horas de angustia se alargan como lenguas de fuego al viento.

Nieves miraba hacia atrás, y le parecía que iban corridos muchos años desde el fallecimiento de su padre. Son tan intensos los minutos de dolor, los vivimos de modo tan íntegro, cual si exprimiésemos al tiempo sus más recónditos zumos, que se agigantan para siempre en la memoria, con centuplicada duración sobre los que han corrido alegres o monótonos.

Ante el desquiciamiento que parecía haberse apoderado de José, en la esposa nacía un sentimiento de compasión, lindante con la ternura. Por veces hubiera querido hundir entre sus senos misericordiosos y tibios la caldeada frente del marido; pero la repelían el ceño hosco, el brillo acerado de sus ojos. Entonces, como si un sentimiento reflejase sobre otro, despertaban en ella la conmiseración y el cariño por el hijo deforme, y prodigaba a éste las caricias que no podía dar a José.

Un pensamiento, sin embargo, la hería en lo más hondo; se creyó merecedora de toda desdicha

por castigo de Dios a su pecado, y causante de la locura de José. Y éste, a la vez, avivaba su rencor en la esquiva actitud de su mujer, y rehuía sus miradas.

Antonia pasó una mala noche. A cada instante, tras prolongada brega para dormirla, despertaba de nuevo, llorosa. José, que estaba poseído de la obsesión, y que con grandes esfuerzos había logrado por fin conciliar el sueño, maldecía de la niña, de su suerte, de todo, y sentábase en la cama con los escalofríos y sudores connaturales de tal estado.

La noche tendía sobre el llano su sombra azul. Nieves resolvió envolver a la niña en la frazada y salir con ella al corredor, para que el padre pudiese dormir. Púsose, pues, a arrullarla sobre su regazo, con canciones a sovoz. Y en tanto, absorta en ese cielo florecido de astros, atenta a los vagos y distantes rumores que se entretejen con el silencio de las noches sabaneras, descendió hasta la sima de su corazón, donde las injusticias de los hombres y del destino habían acumulado amarguras sin cuento. ¿Por qué,—se preguntaba—Dios, que todo lo puede, me ha hecho nacer pobre, ignorante y desvalida, cuando aquí mismo, en la casa grande, las hijas de don Pedro, tienen holganza y cariños? Y luego, ¿cómo Dios permitió que el amo, pecando contra Él y contra la justicia me hubiese echado encima, quieras que no, la carga de un hijo monstruoso? Si al menos fuese como todos los niños... Pero, ¿qué oculta mano la designó a ella, a Nieves, para madre de tal desgraciado? ¿Y por qué? No cabe defensa contra los designios de Dios. Ama a Dios—le habían enseñado;—¿al Dios que así le enviaba tan in-

merecidos pesares? Mas acaso no eran inmerecidos: ¿no dicen que El sabe lo que ha de suceder? Pues tal vez antevió su pecado... el de la fuente, cuando se entregó, quizá por despecho, quizá por curiosidad tan sólo, o por rebeldía contra el dolor, a Teófilo...! ¡Oh, Teófilo! ¡Quién le diera volver atrás para no ceder a la tentación del infame! ¿No se borraría jamás de su memoria el negro recuerdo? ¿Y quién la empujó a sus brazos? ¿Quién la entregó a don Pedro? ¿Quién inclinó sus pensamientos hacia José, cuando aún no era tan desgraciada? Y tras los revuelos del discernimiento en torno a los mismos interrogantes, una verdad, una sola, aleteaba viva ante su espíritu: "eres muy desgraciada". Sí, mucho—respondieron sus labios a la voz interior --y al ruido de las palabras, Antonia despertó de nuevo, llorando.

José también despertó. Llamó a Nieves, y al sentirla fuera, quiso salir. De paso tropezó con el camastro del idiota, y cual si el mísero tuviese culpa de ello, le estampó en el rostro sin ojos la recia mano. Dióse a gemir el monstruo, vomitaba palabretas el loco, y Nieves, al verle aparecer demudado y ronco, huyó con terror a la cocina, donde hubo de permanecer hasta que los dedos sonrosados del alba fueron desprendiendo velo a velo las tinieblas y apagando las estrellas.

Ya entrada la mañana, y como fuese preciso ir allá, Nieves se encaminó a la casa del señor Higinio. Le dolían los ojos.

Al llegar, sintió miedo; el miedo que inspiran los recuerdos. Avanzaba despacio, sintiéndose ex-

traña en el patio, ayer de tierra limpia, y hoy poblado de yerbas nacientes, donde había corrido su niñez. ¡Cuán poco basta para que el frío del abandono agriete los muros, tienda en los rincones polvorientas telarañas y llene de silencio la casa cerrada. Al sol, al viento y a la lluvia, los *zamarros* olvidados ya no eran más que un guiñapo.

Los pasos resonaban en el corredor; las copas de los árboles permanecían inmóviles, cual si ellos también estuviesen embargados por la melancolía que a Nieves le enturbiaba el mirar; el sol mismo, radiante y magnífico fuera, se detenía en el quicio de la puerta, como si rehuyese llevar su caricia dorada hasta los inhabitados aposentos.

De pronto sus ojos distinguieron con sorpresa el pobre filtro de piedra, despojado de toda lozanía. Antes no reparó jamás en el sostén de madera, ni el rojo oscuro de la tinaja le había parecido triste. El cono de piedra era hermoso, coronado por largos helechos de un verde oscuro, al lado del sol, y de un gris tierno, que casi era plata, en la parte umbría; gayos flecos de coral pendían húmedos, cubriendo el soporte; y tinaja y piedra, arropadas con musgo, conservaban fresca el agua y limpia como la luz de un mediodía sereno. Y ahora, exhausto, el filtro era como un pobre esqueleto revestido de hojas marchitas; la tinaja, una madriguera del eco; la pared un sudario rígido, que daba fondo a tanta desolación.

Nieves sintió los ojos llenos de lágrimas, a la vista de ese incomparable amigo de toda su vida. Cuando niña, se asomaba al agua que dormía en el

fondo de la grande olla roja, quieta y maravillosa; ya más granada, ella misma cuidó con esmero los helechos temblorosos, y los encendidos corales donde los ojos se alelaban al soñar; mujer, meditó largamente a compás de las gotas que iban resbalando como sus lágrimas. Y siempre, desde que tuvo conciencia, aquel rumor leve y constante arrulló su sueño, prestó alas a sus quimeras, puso una nota de suavidad en sus penas, e iba punteando de diamantes de sol y perlas de luna el manto invisible de su juventud.

—¡Pobre filtro! ¡Pobre amigo!

Para no mirar su dolorosa desnudez, abrió el candado y entró en la casa desierta.

## VIII

Como había mandado venir a su mayordomo, don Pedro esperábale acodado en la baranda del corredor fronterizo; y mientras tanto holgaba la vista por campos y río, suelta a capricho su imaginación, como esas bandadas de *chisgas* que semejan un hervir de vida en los surcos del potrero.

Amarillo y grave se deslizaba el río bajo palio de sauces, cuyas ramas iban casi hasta el agua, como guedejas que interceptando la luz dibujaban en la corriente complicados encajes de oro y negro. ¡El río! Una sosegada lengua líquida, que en verano bordea pastales y sembrados. Pero cuando el viento se revuelve encarcelado en las hondas cuencas del páramo, y la lluvia despliega sus flecos de perlas grises, el río, solemne siempre, inexorable, letal, hinche sus aguas hasta desbordar en la planada, donde se tienden quietas, enigmáticas y desoladoras, a la fulgencia de soles y de lunas sin cuento.

¡Cuán grande paz señoreaba la casa en aquella hora del mediodía! Don Pedro alcanzó a percibir el vuelo de una paloma en el patio principal, en otro tiempo florecido jardín, cuando aun vivía doña Margarita, alma dulce y graciosa del caserón colo-

nial. Gratos tiempos aquellos de su ya lejana juventud. ¿Por qué se había dejado arrastrar de la vida, cuando sus días hubieran podido ser buenos, a la sombra de ese alero y en el regazo de aquella mujer? ¡Mal haya la hora en que le vino el antojo de cambiar sus soleadas estancias de la casona por los salones del club; el amor de la esposa por mercenarios besos; las ondas del trigo por las del mar! Acaso esa misma disipación de su vida era la causa de la vejez que tan pronto comenzaba a sentir enredándosele entre los nervios; sus abuelos, con sesenta años a cuestas, aún domaban potros.

Levantó los ojos, ya llorones entre los párpados colgantes y enrojecidos, y por largo espacio hubo de permanecer absorto en la contemplación del cielo, ese cielo de la sabana, profundamente azul, donde ruedan blandas y lucidas de sol gigantescas nubes blancas. El viento le trajo fragancias de trébol y poleo, y en su sangre cansada, densa entre las venas duras, sintió todavía vagos espasmos de lujuria: muchas habían sido las mozas que sucumbieron a su deseo en "La Noruega". Las recordaba a todas: Engracia, María Soledad, Jacinta, Nieves... Pero los años, que acumularon desazones en su espíritu, le fueron robando la virilidad, le derrengaron, lo mismo que a esa antigua puerta de golpe que cierra la corraliza, y que chirrea lastimosamente cuando alguien empuja sus desencajadas maderas.

Nieves se hallaba jugando con Antonia en el patio sombreado por el fresno, cuando vinieron de la casa grande a decir a José que el amo quería verle. Tañían en la distancia los bronces del pueblo:

dos, tres badajadas de la campana bronca y una de la "María Teresa". Como el sol ardía en el cenit, la tierra surcada de grietas iba cambiando su color negro por un pardo oscuro. El pobre degenerado, cuyo camastro puso la madre junto a la caverna abierta a fuego en el tronco del fresno, gruñía cuandoquiera que los zancudos venían a turbar su reposo.

A José le supo muy bien la llamada del señor. Precisamente estaba anhelando que don Pedro Rojas viniera a la hacienda. Púsose, pues, en camino en pos del muchacho que trajo la razón. Como Canelo pretendiese seguirlo Tobo lo amenazó, y el pobre animal, gachas las orejas y acobardada la actitud, se volvió trotando al rancho.

Los dos mocetones iban en silencio. Delante el uno, silbando una de esas alegres tonadas que acuden a los labios cuando se tienen pocos años y un tímido amor; zaguero el otro, adusto el ceño, hosca la mirada, partiendo con el zurriago tiernas ramas de las que nacen en la vera del camino, como si sus manos obedeciesen mecánicamente a crudos instintos.

Allá, en lo alto del repecho, José veía dos siluetas humanas, dos bultos encorvados ya hacia la tierra; cuando pasó cerca hubo de reconocerles: uno era el señor cura, que iba a confesiones, echado sobre la nuca su gran sombrero blanco, doblada sobre el hombro la ruana, sonoros al viento los hábitos.

Traía el rostro encendido por la caminata, y sus manos descansaban entrelazadas sobre el vientre. Mas, ¿quién era el confabulante del párroco? ¿Otro sacerdote, quizá? No; en frente del eclesiástico quien manoteaba no era otra que la señora Crisanta, muy

vieja y derrengada la pobre, y con unos viajes de labio y bailoteos de párpados, que daba compasión.

Saludaron los mozos:

—Güenos días, mi amo cura.

—Buenos te los dé Dios, Nicanor.

—Buenos días.

—Vaya si amaneciste lacónico, amigo José; ¿qué mal bicho te ha picado? ¿Ninguno? Pues por lo menos podías tocar con los dedos el ala del sombrero, hombre, ya que no por mí, por esta abuela, que me ha detenido en medio del camino. Sí, sí, ya veo que no lo hiciste por falta de voluntad; olvido sería. Anda, anda con Dios, y desarruga el ceño, que no parece sino que te has de comer crudo al que se te ponga por delante. ¡Caramba, caramba!

Al doblar la cuesta, apareció la casa. ¡Qué grande se veía, junto al rancho que guardando la entrada a ella se alza. Y cómo la mansión señorial, que si se derrumbase aplastaría bajo su mole la endeble casuca, era todo un símbolo de las dos razas que en ellas habitaban: en la una, el señor poderoso, rico, bien afianzado; en la otra, el arrendatario humilde que busca la sombra del amo para vivir malamente, cohibido, intruso en la tierra misma de sus abuelos, y llevando en la sangre densos grumos de resignación cuajados en cuatro siglos de esclavitud.

Don Pedro esperaba a José, fumando un rico cigarro habano. A muchos había oído decir que su mayordomo estaba enloqueciendo, y quiso comprobarlo por sí mismo. Cuando el fornido mocetón se

detuvo en la puerta, bajos los ojos y dándole vueltas al sombrero, don Pedro le invitó a seguir:

—A ver, José, ¿sós vos? Entrá, hombre, entrá.

José avanzó con maneras desenfadadas:

—A sus órdenes.

—Traes un aire—dijo el de Rojas—que parece disgustado.

—Cada uno es como es—replicó Tobo.

Admirado el patrón de la insolencia con que el mayordomo respondía, se levantó de la silla:

—Te he hecho venir—dijo alzando el índice—porque sé que de algún tiempo a esta parte descuidas tus deberes, maltratas a tu mujer y andas pregonando barbaridades, so pretexto de locura. Pero conmigo no hay locos que valgan. ¿Entendés?

El mozo se mordió los puños y guardó silencio. Se contemplaban mutuamente. Zalamero, encorvado el espinazo, vino el gato a refregarse contra las piernas de Tobo. Se oía el rumor del agua en la pila del patio. Transcurrió un tiempo, al cabo del cual el mozo levantó la voz:

—¡Loco! Loco estaría antes: ahora sé muy bien qué debo hacer.

—¡Silencio!—interrumpió Rojas;—cuando los dos hablamos, vos te callás.

José sintió una llamarada en las mejillas; adelantó un paso. El gato huyó asustado.

—Es que yo tengo que arreglar unas cuentas con el patrón—dijo.

—¿Qué? ¿Cuentas conmigo? ¿Vos? ¿Pero quién estás pensando que soy yo?

Nervioso, entre colérico y amedrentado, don Pedro comenzó a pasearse de uno a otro extremo de la habitación. Las vigas del pavimento cedían a su paso, y una horquilla, puesta en el tubo de la lámpara de sobremesa, llevaba el compás de las pisadas.

De súbito don Pedro se detuvo frente a su mayordomo, y sacudiéndolo de las solapas, exclamó:

—Me habían dicho que estabas loco. Pero bien veo que lo que tenés es mala voluntad para trabajar. He sabido que vas con frecuencia a la taberna. Allí será donde te han torcido el genio. A mí no me venís con majaderías ni altiveces. ¿Estamos? Con que, largo de aquí, ¡y que no tenga que llamarte otra vez!

Y lo miró a la cara, para ver el efecto de sus palabras. Pero Tobo no humilló la mirada: tenía en los ojos un brillo siniestro, y sus dedos nervudos y fuertes se crispaban nerviosamente. Temblaba, pálido, rechinando los dientes. Encaminóse, por último, a la puerta; pero en vez de salir, ajustó las fallabas, dio vuelta a la llave, y viniendo a colocarse frente al de Rojas, que le miraba estupefacto, dijo con ronca voz, cruzando sobre el pecho los brazos:

—Ahora, óigame a mí, patrón.

Sesenta años llevaba don Pedro viviendo en "La Noruega", y nunca había visto nada más extraño. ¡Un mayordomo, un simple mayordomo que se permitía actitudes de reto con su señor! ¿No estaría realmente loco? Fue, sin duda, gran temeridad del de Rojas hablar así a un demente. Pues,

¿qué otro motivo sino la pérdida de la razón podía explicar ese gesto en los trémulos labios de José, esa palidez enfermiza del semblante, ese destello de ira en los ojos? Y nadie en la casa. Si el loco intentaba agredirlo, no habría a quién pedir socorro. Es verdad que en el cajón del escritorio guardaba don Pedro un revólver: mas, ¿cómo pasar, si José vino a colocarse precisamente recostado contra el mueble? La ventana era colonial, protegida con reja de hierro. Un escalofrío de miedo recorrió los nervios del viejo. De miedo, sí. Con la hacienda había heredado de sus mayores, si no una recta noción de la vida, a lo menos un supersticioso temor a la muerte. Nunca se detuvo ante el pecado. Pero en sus noches de soledad, cuando se quedaba a solas con su conciencia, las enseñanzas religiosas de su niñez le presentaban, cual la boca de una caverna, las fauces del infierno, abiertas siempre para los pecadores. En la capilla de "La Noruega" veíanse aún dos cuadros que fueron causa de sus pesadillas infantiles, y que ahora reclamaban de nuevo su atención: la muerte del justo y la del réprobo; en uno, el lecho donde el moribundo acaba su vida rodeado de los suyos, con el sacerdote y el ángel guardián a la cabecera; el otro, la mueca de pavor del condenado, la cornuda faz del demonio. ¿Por qué le asaltaban esos recuerdos y esos temores? No tuvo tiempo de responderse: José comenzó a hablar.

Don Pedro no pudo saber luego qué dijo el mozo y qué fue lo que su propia conciencia hubo de suplir. La voz de Tobo tenía graves resonancias, cual si más que la de un pobre trabajador fuese la

de toda una raza despojada a hierro y sangre, sometida en fuerza del sufrimiento, casi borrada ya sobre la faz de la tierra por la espada del conquistador, el látigo del encomendero y el abandono de los modernos patrones. Era una voz que parecía venir desde las ignoradas cavernas donde yacen rotos los dioses indios; desde los siglos en que sedientos buscadores de oro exterminaron las tribus, violaron las concellas, arrasaron monarquías, y lenguas, y ritos, y santuarios. Y aquella voz potente de la raza vencida, de la raza que nace en enfermedad y miseria, degenera en las tabernas y muere en cárceles y hospitales, crecía, crecía hasta llenar todos los ámbitos de América. A su clamor le parecía a don Pedro ver el desfile de los desheredados, con cuyos dolores medran la ambición y la injusticia de los hombres: los que se arrastran fatigosamente entre los socavones, para arrancar su pan a las entrañas de la tierra; los que inclinados a diario sobre las piedras que cincelan, van viviendo en las garras de la tisis; los que desfallecen de fiebre en selvas y cafetales; los que han dejado en todas partes sus huesos, como una atestación de odios ajenos; los que envejecen jóvenes en fábricas y talleres; todos, en fin, los que trabajan en olvido y esclavitud para los dueños de un suelo que fue suyo, mansos, ignorantes, enfermos, hambreados y tristes, porque así lo quiere la indiferencia de los amos.

Don Pedro escuchaba atónito aquella acusación que su conciencia le iba gritando, cual si hubiese cobrado forma fuera de su cerebro y frente a él para escupirle al rostro las palabras.

José, con pasos de cautela y extendidas hacia el amo las manos, vino a él.

Entonces se trabó entre ambos muda lucha. Don Pedro sentía una poderosa garra en la garganta, y en vano quiso huír, fuera de sus órbitas los ojos, congestionado el semblante, el pulmón falto de aire. Tobo continuaba apretando, apretando, con una sonrisa de placer y un brillo de locura en las pupilas; por tiempos sacudía con violencia el guiñapo humano que tenía agarrado.

—¡Maldito, maldito!

Don Pedro, en un supremo esfuerzo, logró arrastrarse, arrastrando consigo al loco, hasta el escritorio. A sus espaldas tenía el cajón donde guardaba el revólver; intentó abrirlo, pero José sacudía a su víctima sin misericordia, y las uñas del de Rojas se rompían en el borde mismo del cajón. Un nuevo empeño, y una nueva sacudida que separaba bruscamente la ansiosa mano de la meta. Era inútil luchar contra aquel iracundo: don Pedro desgonzó los brazos, cerró los ojos. Una gran carcajada del loco resonó en la estancia. Sus dedos se aflojaron por un momento; un solo momento, que bastó al otro para retroceder medio paso y apoderarse del arma; en sus manos temblaba el cañón, buscando dónde afianzarse; apretó el gatillo; con la detonación se vino abajo un olvidado y vacilante resto de cornisa. Poco a poco los tensos músculos de Tobo comenzaron a aflojarse, dejó de reír... abrió los brazos... rodó por la alfombra... se revolcó en angustiosas convulsiones. Luego quedó inmóvil, doblada contra el suelo la cabeza.

Así acabó la historia de esa existencia humilde.

## FE DE ERRATAS

Página	2 línea	15, dice:	azull.	Debe leerse:	azul.				
»	7	»	16	»	»	su anhelos.	»	»	sus anhelos.
»	24	»	27	»	»	fusilazo.	»	»	fucilazo.
»	28	»	23	»	»	corcoveos.	»	»	corcovos.
»	48	»	27	»	»	fue	»	»	fuese.
»	57	»	2	»	»	nublaron.	»	»	nublaban.
»	76	»	31	»	»	envióse reca- do a	»	»	envióse reca- do al.
»	90	»	6	»	»	enredades.	»	»	enredadas.
»	128	»	6	»	»	soleades.	»	»	soleadas.

FE DE ERRATAS

1	2	3	4	5
6	7	8	9	10
11	12	13	14	15
16	17	18	19	20
21	22	23	24	25
26	27	28	29	30
31	32	33	34	35
36	37	38	39	40
41	42	43	44	45
46	47	48	49	50
51	52	53	54	55
56	57	58	59	60
61	62	63	64	65
66	67	68	69	70
71	72	73	74	75
76	77	78	79	80
81	82	83	84	85
86	87	88	89	90
91	92	93	94	95
96	97	98	99	100

L  
C863.3  
S192

**BIBLIOTECA**  
**Universidad Eafit**



62000001408492

